



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

SISTEMA DE UNIVERSIDAD ABIERTA

**¿ES POSMODERNO EL MODELO DE LA ESCUELA
SISTÉMICA DE MILLÁN?**

TESIS

**QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:
LICENCIADO EN PSICOLOGÍA**

**P R E S E N T A :
MIGUEL RUBIO OSORNIO**

**DIRECTOR DE TESIS:
MTRO. JORGE MOLINA AVILÉS**

Ciudad Universitaria, Cd. de México, 2016.



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Índice

Introducción.....	5
Primera incursión hacia la posmodernidad.....	8
Segunda incursión hacia la posmodernidad.....	28
El modelo sistémico: la llegada final	58
The Millán Approach.....	79
Integración.....	91
Bibliografía.....	104

Introducción

El modelo sistémico en psicología, vigente en estos días, es un modelo que, dada la corta edad que tiene ésta, sobre todo si se le compara con otras ciencias, cuenta ya con la mayoría de edad y su crecimiento tuvo varias ramificaciones en relativamente unos cuantos años, convirtiéndose en un modelo del todo influyente, por lo cual es crucial entender modelos terapéuticos como estos que ejemplifican la exigencia de la psicología para ajustarse a los cambios metodológicos y culturales surgidos en el siglo pasado.

A las primeras escuelas del modelo sistémico, desde la pionera en Palo Alto, se les denominó como escuelas de la primera generación por pertenecer a la denominada primera cibernética. Estas escuelas fueron, la mencionada escuela de Palo Alto que surge en la década de los cincuenta, la Estructural y la que aquí se estudia, la Escuela de Millán, que surge al iniciar los años setenta, escuela que se analizará como ejemplo de la transición de la primera a la segunda cibernética y como ejemplo también de la transición hacia la posmodernidad.

De esta forma, y dados los contextos científico y cultural en los que surge el modelo sistémico en psicología, hay una serie de premisas que conviene revisar sobre la modernidad, que al parecer ha terminado de agonizar, y la posmodernidad que apenas crece. Esta revisión, junto con lo que tengan que decir el propio modelo sistémico en general y la Escuela de Millán en particular, ayudará a responder la interrogante de este trabajo, profundizando y comprendiendo los factores involucrados.

Dentro de estas coordenadas, como ejemplo medular, la Escuela de Millán da cuenta, en muy pocos años, de un viraje que puede sorprender, porque

es ciertamente un viraje radical con la influencia de las ciencias físicas: es la consideración del papel que juega la observación científica en los objetos observados, es el cambio hacia los llamados “sistemas observantes” y la pretendida puesta en jaque a la objetividad científica.

Si se compara con otros cambios de rumbo en la historia de la psicología, como el cambio que supuso la aparición del modelo cognitivo ante el conductual, éste cambio puede ser aún mayor, pues detrás de él hay toda una corriente que involucra a la ciencia en su conjunto con la mencionada influencia hegemónica de las ciencias físico-matemáticas.

G. Bateson, quizá la mente más robusta del grupo de científicos de Palo Alto, grupo que dio origen al modelo sistémico, influyó con sus trabajos en los teóricos de Millán, cuando estos aún se encontraban dentro de la línea psicoanalítica. Su obra, con todos los referentes cibernéticos, comunicacionales y sistémicos, fue un gran impulso para la formación de su propia escuela. De la misma forma, ésta se vio influenciada también por von Foster y Maturana, entre otros, a quienes se puede señalar como las mentes influyentes, junto con el mismo G. Bateson, para este viraje que tuvo la escuela milanés hacia la segunda cibernética y en general hacia el pensamiento sistémico, incluida obviamente la primera cibernética.

Los elementos teóricos recién mencionados que confluyeron para la concepción y nacimiento del modelo sistémico, así como para su desarrollo y subsecuentes modificaciones, como la que se acaba de indicar, son elementos que modificaron la línea epistemológica que se sostenía hasta ese momento, no sólo dentro de la psicología, sino en la manera de hacer ciencia en general. Por ello, K. Gergen ubica a este modelo precisamente dentro de la corriente posmoderna en Psicología.

Este trabajo brindará los elementos para ubicar y entender plenamente este acontecimiento, aportando las claves necesarias para dar respuesta a la

pregunta genésica de este escrito. Se describirá el marco general de la modernidad, para entenderla y ver su significado; lo mismo sucederá con la posmodernidad, como fenómeno cultural y filosófico. Se habrá de delinear un siguiente círculo al interior de los anteriores: el de la ciencia moderna y posmoderna, en sus pretensiones y pretendidas diferencias, con lo cual se dará un lugar adecuado a las psicologías moderna y posmoderna, que serían el siguiente círculo al interior de esta exposición.

Por otra parte, y una vez que se han discutido los marcos de la modernidad y la posmodernidad en su amplio sentido cultural y epistémico, y específicamente después en sentido científico y psicológico, se debe trazar un siguiente círculo, a saber, el del modelo sistémico como muestra de psicología posmoderna, con todos los referentes necesarios para alcanzar su comprensión, los históricos, por ejemplo, sin obviar los aspectos teóricos involucrados y en cada caso los personajes relevantes con sus aportaciones.

El siguiente círculo es para la escuela milanés, que mostrará la fisiología de su modelo sistémico y con ello, dados también su historia, sus personajes y características, dentro de los marcos ya trazados, se podrá valorar a esta escuela y hacer un comentario crítico sobre sus pretensiones epistémicas y sus rasgos posmodernos, o si es que pueden quedar definidos como tales. Uno de estos rasgos es, como indicada arriba, la adopción de los esquemas cibernéticos, sobre todo los de la segunda cibernética.

Hay finalmente algunas precisiones que puede ser pertinente realizar: es obvio que siempre es gratificante realizar una buena investigación, pero, dadas las finalidades de este escrito, es un deseo que sirva, por lo menos en alguna ocasión, a alguien que deseara ubicar de qué se habla cuando se habla de pensamiento sistémico y de la escuela milanés, ubicando y contextualizando teórica e históricamente dicho modelo.

Primera incursión hacia la posmodernidad

El punto de referencia central para ubicar el nacimiento de la época moderna es la puesta en marcha del proyecto cartesiano. Ciertamente, este punto puede contemplarse como un momento de ruptura, sobre todo con la tradición aristotélica. No faltan elementos, sin embargo, para ver en lugar de dicha ruptura, continuidad, como la que muestra Valentín Fernández (2003).

Se puede pensar que habría un vínculo entre la edad media, sobre todo con la escolástica tardía, representada por Duns Escoto o el nominalista Guillermo de Ockham, y R. Descartes, junto con las dos grandes corrientes filosóficas herederas de su pensamiento, racionalismo y empirismo, corrientes que confluyen en I. Kant, quien sería un referente moderno central de dicha continuidad y un referente moderno en sí mismo.

Para poder entender la naturaleza de la ruptura que representó el pensamiento cartesiano y la modernidad con él, pasando por I. Kant, a quien ambigüamente se le suele citar como un referente del constructivismo, casi de la misma forma que D. Hume es el referente obligado del empirismo moderno, es necesario saber, por lo menos de forma genérica, qué sucedía en los siglos anteriores, lo cual será de mucha ayuda para entender las pretensiones epistemológicas que envuelven a la teoría sistémica en psicología en el así llamado ambiente posmoderno.

Una clave de suma importancia se encuentra en el pensamiento aristotélico-tomista, conocido como realismo ingenuo o realismo moderado. El criterio de verdad de dicha corriente filosófica despejará el camino: la verdad es la adecuación entre el pensamiento y la cosa, es decir, para tener verdad se

parte del hecho de que hay dos polos en perfecta continuidad: sujeto y objeto. Es el primero el que se adecua al segundo.

Hemos dicho que lo verdadero, según su primera razón está en el entendimiento. Ahora bien, como las cosas son verdaderas por cuanto tienen la forma propia de su naturaleza, es necesario también que el entendimiento, en cuanto cognoscente, sea verdadero por tener la imagen del objeto conocido, que es su forma como cognoscente; y por esto la verdad se define como conformidad entre el entendimiento y la cosa. (Tomás de Aquino. 1957. p. 436. S. Th. I q. 16 a.2)

¿Qué significa esto? Primeramente, la convicción de que ante nosotros hay un mundo, un mundo de sustancias reales y concretas, hay cosas y esto es evidente por los sentidos. Este mundo de sustancias ahí, de realidades que subsisten por sí mismas, puede ser conocido; existe la confianza plena de que ello puede hacerse.

¿En virtud de qué se puede afirmar la posibilidad de conocer tal mundo? Si el mundo puede ser conocido, lo es en virtud de que es algo: tiene una esencia. Su ser inteligible le es dado a través de ésta y el ser humano se acerca al mundo buscando, va a las cosas buscando y descubriendo en ellas esa esencia y obtendrá verdad cuando su entendimiento, a través de los conceptos y afirmaciones que abstrae y formula, refleje, como en un espejo, las cosas del mundo; obtendrá verdad cuando esas esencias sean las cosas del mundo. Como decía Aristóteles, conocer es hacerse otro en tanto otro o hacerse él las cosas mismas.

Los antiguos filósofos afirmaron que, en virtud de su propia esencia, conocía el alma los cuerpos. [...] Y creían que la forma de lo conocido está en el sujeto que conoce del mismo modo que en el sujeto conocido. [...] Aristóteles, no admitió contra los antiguos naturalistas que el alma estuviera actualmente compuesta de todas las cosas, sino dijo que “el alma es en algún modo todas las cosas.” (Tomás de Aquino. 1959. p. 381. S. Th. I q. 84 a.2)

En esta tradición es el mundo quien mide al pensamiento. No obstante, hay algo detrás de esto que puede ayudar a entender aún más al pensamiento

que antecedió a la época moderna, pensamiento que no fue aristotélico-tomista en todo momento. ¿Cuál es este algo? Sin importar que se hable de la antigüedad griega o el medievo cristiano, de Platón o de Tomás de Aquino, es el hombre quien ha de ir a buscar la verdad en los diversos objetos que trascienden su subjetividad.

Piénsese pues en Platón y en su mal concebido idealismo. Las ideas platónicas son entidades que subsisten por sí mismas. Son tan existentes que su existencia es aún más real que la de las cosas del mundo transitorio de los sentidos. Si el realismo aristotélico-tomista habría de afirmar después de Platón que lo existente son las cosas, se tiene que decir con éste último que lo existente son las Ideas.

Pues bien, éstas ideas que subsisten por sí mismas, independientes de todo pensamiento, son y manifiestan ellas mismas, por decirlo con simpleza, la “esencia” o la realidad misma de aquello de lo cual son ideas. La idea de humanidad, por ejemplo, es, en su universalidad, lo humano en sí mismo en cuanto tal. La finalidad de la vida del hombre es actuar de tal forma que pueda, después de morir, ir a contemplar dichas ideas. En esta vida, deberá ejercitarse en el arduo ejercicio dialéctico si quiere acercarse a su conocimiento.

Como queda expuesto, la Idea platónica existe con independencia del pensamiento humano. El hombre tiene que moverse, tiene que alcanzarla, batallar, vivir virtuosamente, ejercitarse racionalmente, si quiere tener contacto con ellas. El mundo de las ideas es externo, está en un *ahí* y no lo determina nuestro pensamiento, ni mucho menos las cosas del mundo. Tiene un ser propio, acabado, definido, sin nada que construir sobre él.

No sobra decir que fue precisamente esta “independencia” de las Ideas, su existir fuera de todo pensamiento, lo que dio motivo para que Aristóteles le presentara una de sus grandes objeciones. Sin embargo, esta subsistencia,

por sí y en sí, fuera del pensamiento humano, ayuda a aclarar de qué se está hablando típicamente cuando se habla del conocimiento antes de la era moderna.

El medievo cristiano que antecede a Descartes tiene un buen ejemplo que puede ser paralelo al de las Ideas platónicas. Al modo de éstas o de los seres particulares del mundo en la visión aristotélica, el Dios de Agustín de Hipona se presenta, como la bondad personal infinita, el sumo bien, inaprehensible de suyo para todo intelecto finito. El hombre habrá de ir buscándolo primero en el mundo y luego en su interioridad. Más aún, cuando el hombre va al mundo y quiere conocerlo, necesita de la asistencia divina para que ilumine al intelecto¹: la verdad ejemplar de las cosas está en Dios. “Las ideas platónicas ya tienen un intelecto que las piense. San Agustín y los platónicos no hablan de la misma realidad cuando se refieren al mundo de los inteligibles y de las ideas. Para el Doctor de Hipona, las ideas son formas príncipes, esencias estables contenidas en la inteligencia de Dios.” (San Agustín. 1956. p. 57)

El giro moderno.

La modernidad entrona al sujeto y a la razón humana. El lugar, que según se acaba de explicar, ocupan las cosas fuera de nuestro pensamiento, es conquistado por ese mismo pensamiento. Es el poder de la razón humana, el poder del sujeto el que determina a las cosas del mundo. El criterio de verdad como adecuación no tiene más vigencia. Descartes ha dudado del testimonio de los sentidos y, aunque cueste creerlo, con ello ha dudado de todo: “Todo lo que hasta ahora he tenido por verdadero y cierto ha llegado

¹ “Cuando se trata de lo que percibimos con la mente, esto es, con el entendimiento y la razón, hablamos lo que vemos está presente en la luz interior de la verdad, con que está iluminado y de que goza el que se dice hombre interior...” (Agustín de Hipona. 1963. p. 591)

a mí por los sentidos, algunas veces he experimentado que los sentidos engañan; y como del que nos engaña una vez no debemos fiarnos, yo no debo fiarme de los sentidos”. (R. Descartes. 1971. p. 51.)

Al querer encontrar ante los escépticos una verdad a prueba de balas, ha puesto en jaque al mundo y poniendo en duda el testimonio de los sentidos, ha roto con la continuidad que suponía el acto de conocer para el sistema aristotélico-tomista. El que algo conste por los sentidos era una prueba definitoria que ha caído por su peso.

Si se ha roto la comunicación entre los sentidos y el entendimiento, dada en un único acto de conocer, el criterio de verdad no puede seguir siendo la adecuación, porque ya no hay más a que adecuarse: se abre una polaridad, una distancia entre ambos, pero esta distancia es un abismo: el de la representación.

De esta forma, siguen existiendo dos polos: sujeto y objeto, pero han perdido el lazo que los unía. Son dos polos opuestos: si se duda de los sentidos, no puede haber continuidad en el acto de conocer. ¿Por dónde empezar ahora? Por el propio pensar, porque si hay algo de lo que no se puede dudar, ese algo es nuestro propio pensar. Esta será en adelante la piedra de toque de todo conocimiento. “En suma, ¿Qué soy? Una cosa que piensa. ¿Y qué es una cosa que piensa? Es una cosa que duda, entiende, concibe, afirma, niega, quiere, no quiere, imagina y siente[...] Es tan evidente que soy el que duda, el que entiende, el que desea, que nada hay que añadir para explicarlo” (R. Descartes. 1971. p. 60).

El pensamiento aparece indubitable y con él sus criterios. De la adecuación se pasa a la certeza, a la no-contradicción. Si antes se decía que algo constaba por nuestros sentidos, ahora consta por nuestro pensar. Una verdad ya no manifiesta adecuación, manifiesta certeza, porque no queda

definida por una contraposición externa, sino por la claridad y distinción con las que dicha verdad aparezca ante el propio pensamiento.

La discontinuidad ha promovido que ese mundo de esencias que se abstraían de las cosas quede borrado. No hay abstracción y no hay esencias, la sustancialidad de los objetos ha pasado a ser extensión. De hecho hay una concesión que Descartes otorga al mundo: ser sustancia, el mundo es algo, es extensión, simple y pura extensión; por definición Dios es la única sustancia, aquello que es por sí y no necesita de algo más para existir.

Éste es un momento crucial. El mundo ha empezado a diluirse, propiamente ya no es algo, propiamente es el imperio de la razón que define a todo de manera clara y distinta. La razón ya no va al mundo a buscar nada: es el mundo el que ha sido lanzado a la indigencia y toca a la puerta del sujeto para encontrar su sustento.

La desconfianza que la razón tiene de los sentidos ha sido el pretexto para que esa razón asuma el mando, un tanto tiránicamente, y renombre al mundo, lo que no pasa por la censura de la razón no encontrara carta de ciudadanía en el mundo. Si se había hablado de un mundo de frente al hombre antes del pensamiento cartesiano, ahora se tiene un mundo por el hombre, desde su razón: ahí está su fundamento.

No hay nada que sea independiente del sujeto que conoce, no hay ideas, no hay cosas, todo está asido al pensamiento del hombre, a su conocimiento. La misma existencia de Dios se dará *por definición*. "...es que la necesidad de la cosa misma, de la existencia de Dios, me determina a tener este pensamiento: no soy libre de concebir un creador sin existencia" (R. Descartes. 1971. p. 78) Así, la consistencia del toda realidad no está más *ahí*, en sí, sino en el pensamiento. Esta es la naturaleza del viraje operado por Descartes.

Esto que se ha explicado marca la ruptura y discontinuidad con el medievo cristiano. Considérese aquel factor de continuidad, factor que también llegado el momento, ayudará a valorar si entre la modernidad y la posmodernidad hay exactamente algo como una ruptura. Aquel factor involucra, como se anticipó, la representación.

D. Escoto está en medio de esa discusión. Por mor de la comprensión de los lectores, considérese que a este escolástico tardío se le ubica como un antecedente de ese modo de proceder en el conocimiento, que involucra lo que ahora se entiende como representación. ¿Qué es ésta? Se dice que es la actividad de un ser con mente; es poner objetos en la subjetividad, no abstrayendo su esencia desde el mundo, sino poniéndolos en la interioridad.

No hay más adecuación entre el entendimiento y la cosa, porque ya no hay esencias abstraídas. Para el realismo aristotélico-tomista, la sensibilidad percibía los objetos y con las sensaciones generadas por ellos, formaba una imagen en el interior, de la cual el intelecto abstraía o separaba su esencia. Así, estas esencias separadas, traídas por el pensamiento desde las impresiones sensibles, desaparecen: lo que se tiene ahora es ese poner, esa actividad de la mente que es representar, a través de diferentes operaciones realizadas sobre el material aportado por las sensaciones. Estas operaciones son propias del sujeto, como por ejemplo la asociación, propuesta por el empirismo de D. Hume, principio que, como se verá, es muy relevante en la historia de la psicología. En síntesis: no nos hacemos otro, como decía Aristóteles, lo representamos en nuestra subjetividad.

Esto es fundamental, terriblemente definatorio si se quiere dar cuenta aquí de la ruptura-continuidad entre edad media y modernidad, y después entre modernidad y posmodernidad: no se conocen los objetos en sí mismos por medio de su esencia. El imperio de la razón determina que el conocimiento se da con base en otras operaciones con las que se representan objetos en la

interioridad: la metafísica aristotélico-tomista conoce por esencias, no hay conocimiento si no es de esencias, pero la esencia era la cosa considerada en sí misma, es el otro, el otro en nosotros. En la modernidad, no hay cosas consideradas en sí mismas, porque no hay cosas: lo que hay son nuestras propias representaciones y esto tendría su antecedente en el medieval D. Escoto.

La razón tendría un momento eufórico en el siglo de las luces, y esta euforia se haría estridente en el positivismo de A. Comte. El modelo positivista, que tanto influjo tuvo y tiene en psicología, es el ejemplo más cumplido en la ciencia del poder hegemónico y excluyente de la Razón, que se volvió intransigente de la mano de la técnica científica y de su poder de manipulación de instrumentos. El sueño enciclopédico del siglo anterior fue después en A. Comte la pretensión del dato objetivo, de lo dado ahí, de lo positivo: de la Razón metafísica caíamos a la Razón positiva, último estadio propuesto por A. Comte del desarrollo humano. En el momento que se hable de la ciencia moderna, se volverá sobre este punto.

La posmodernidad

Los grandes cambios que dieron lugar a nuevos periodos culturales suelen ser identificados por fechas que señalan acontecimientos paradigmáticos, aunque tales fechas y acontecimientos no reflejan o no describen con precisión la naturaleza de los procesos complejos que determinan el fin de una época y la aparición de otra.

Téngase en mente, por ejemplo, en la caída de Roma, que es para muchos lo que define el inicio de la Edad Media, como si el fin de algo fuera por sí el inicio de otra cosa. El saco de la ciudad imperial, como se le conoce, inició en el año 410, pero hacía tiempo que las provincias romanas, sobre todo las

más alejadas, habían caído ya, dando lugar a progresivas reconstrucciones regionales por parte de los nativos de aquellos lugares y a incursiones irregulares hacia el sur, todo lo cual abrió paso a la intempestiva entrada final de Alarico en Roma y abrió paso también a la más irregular llegada de la Edad Media, en cada región del antiguo imperio que se considere.

Lo mismo sucedió con el Renacimiento. Propiamente, la Edad Media, las edades medias, fueron agonizando poco a poco. En unos lugares como Italia, el Renacimiento se dio muy temprano, pues el tipo de Renacimiento que tuvo cada lugar estuvo asociado por los diversos matices con los que se dio el medieval, aunque lo que determine paradigmáticamente el fin de la edad media sea la caída de Constantinopla.

A la posmodernidad, le sucede algo que sin duda es muy complejo, algo que se parece a los que se ha descrito y que precisamente por ello se le ha consignado de esa forma; le ha sucedido algo así pero recargado, en versión 2.0. Esto es debido en buena parte a los avances tecnológicos y, como sucedió tanto con la Edad Media y con el Renacimiento en sus inicios y en su terminación, no hay una posmodernidad, sino diversas en confluencia permanente, dado que no tuvimos una sola modernidad.

¿Cómo determinar el inicio de la posmodernidad? Ni siquiera es claro obviamente que se esté hablando de un rotundo cambio como el que se dio con la modernidad. De la misma forma que sucedió con las progresivas oleadas bárbaras contra Roma, las incursiones posmodernas se fueron dando así, al modo de entradas progresivas, como estallidos locales que se fueron extendiendo y agudizando con los años, mientras el malestar al interior de la modernidad, como en el caso de la ciudad eterna, se acumuló y e hizo que ésta cayera finalmente.

Los maestros de la sospecha, sobre todo F. Nietzsche, fueron los primeros caudillos. De hecho, las primeras revueltas fueron las del romanticismo en

contra del racionalismo totalizador y en contra pues del periodo ilustrado. No obstante, como en el caso de la caída de Constantinopla, la invasión de lo posmoderno se dio abiertamente, con su formal copyright, a partir de las revoluciones culturales del siglo XX, a saber, las de los años 60's.

¿Qué anunció Nietzsche? Anunció la vida y su incesante fluir. La moral socrático-platónica, moral de la razón, del alma, de la virtud y de la “otra vida”, eran responsables, tanto como el cristianismo, que en buena medida también fue influenciado por los platonismo que le vieron nacer, de aniquilar la vida en nombre de una razón que todo lo quiere someter, que todo lo quiere universalizar, es decir, una razón que quiere detener el mundo en su imagen a través de la ficción y del lenguaje: “¿Que es entonces la verdad? Una hueste en movimiento de metáforas, metonimias, antropomorfismos, en resumidas cuentas, una suma de relaciones humanas que han sido realzadas, extrapoladas y adornadas poética y retóricamente y que, después de un prolongado uso, un pueblo considera firmes, canónicas y vinculantes; las verdades son ilusiones...” (F. Nietzsche. 1996. p. 25).

No obstante, la vida es inaprehensible, fluye. Con la sombra de Heráclito a cuestas, esto aparecerá en los planteamientos sistémicos: si la incesante oposición y fluir al interior del sistema se ven obstruidos, es decir, si hay *injusticia*, aparecerá un malestar al interior de la familia y tomará diversas formas: síntoma, enfermedad, tiranía.

Si Nietzsche traza esa línea que tiene que ver con los valores y con la moral, E. Husserl (1984) traza a su vez, en *La crisis de las ciencias europeas*, una línea diferente, la línea que tiene que ver con el progreso y con la ciencia: la ciencia y la razón con sus ideales de progreso y desarrollo no habían dado cuenta de los problemas humanos más vitales.

La razón ha sido instrumentalizada y la ciencia y la técnica sirven a intereses particulares. Las guerras mundiales son el ejemplo más cumplido

de que el proyecto moderno ha sido un proyecto fallido. Con las guerras, se tiene en las manos una moneda que de un lado deja ver la razón y del otro lado la completa irracionalidad.

Es así que el capitalismo, promotor de las guerras y el dominio de lo otro a costa de todo, ha envuelto todo en una manta ardiente. El sueño ilustrado de crear un mundo mejor nos tapó los ojos. Ese mundo, mejor en los discursos de los grandes y pequeños estadistas, es verdadero, pero sólo va dirigido exclusivamente a los dueños de los capitales, que se han apropiado de buena parte del conocimiento científico.

¿Qué es pues esto que se ha dado en nombrar genéricamente como posmodernidad? Así como es propio del constructivismo no dar definiciones acabadas o últimas, así la propia posmodernidad parece escaparse a una definición unívoca y en su lugar aparecen múltiples voces, ángulos o discursos.

Como se adelantaba en la introducción de este escrito, hay dos líneas que surgen como consecuencia lógica y natural de los desarrollos de sus respectivas áreas y que se encuentran actuando en el siglo XX: la de la ciencia, de la cual se hablará particularmente en el próximo capítulo y que es de suma importancia por su relación con la psicología; y la de la filosofía y las ciencias humanas en general. Hay entonces dos grandes ángulos desde los cuales entender la emergencia de lo posmoderno, ambos terminan influyendo en la concepción del modelo sistémico en psicología, pero vayamos primeramente con la segunda línea, la filosófica y cultural.

¿Una definición?

Para J. Habermas, tal cual se verá en el próximo capítulo con relación a la ciencia ilustrada, la posmodernidad muestra el carácter inacabado del proyecto científico del racionalismo del siglo XVIII.

El proyecto de modernidad formado en el siglo XVIII por los filósofos de la Ilustración consistió en sus esfuerzos para desarrollar una ciencia objetiva, una moralidad y leyes universales y un arte autónomo acorde con su lógica interna. Al mismo tiempo, este proyecto pretendía liberar los potenciales cognoscitivos de cada uno de estos dominios de sus formas esotéricas. Los filósofos de la Ilustración querían utilizar esta acumulación de cultura especializada para el enriquecimiento de la vida cotidiana, es decir, para la organización racional de la vida social cotidiana. (J. Habermas. 2008. p. 28)

J. Lyotard, por su parte, habla de la incredulidad ante los metarrelatos. ¿Cuáles son estos? Las grandes explicaciones legitimadoras de ese proyecto que J. Habermas ve como inacabado. La posmodernidad sería ese momento decepcionado por la falsedad del sueño moderno:

Los "metarrelatos" a que se refiere *La condición posmoderna* son aquellos que han marcado la modernidad: emancipación progresiva de la razón y de la libertad [...] Estos relatos no son mitos en el sentido de fábulas (incluso el relato cristiano). Es cierto que, igual que los mitos, su finalidad es legitimar las instituciones y las prácticas sociales y políticas, las legislaciones, las éticas, las maneras de pensar. (J. Lyotard. 1987. p. 29)

Por otra parte, se pueden encontrar diversos prefijos para designar este periodo. Parece más conveniente que pudiera nombrarse a este periodo como una Neomodernidad. La referencia de Álvaro Márquez a Leonardo Boff, el "ex teólogo" de la liberación, es acertada y refleja mucho de lo que este periodo también tiene detrás:

Con el vocablo "postmodernidad", como dice L. Boff, se pretende pasar la idea de que, en medio de la historia, ya estamos al final de la historia; en medio del capitalismo, ya estamos fuera de él; en medio del industrialismo, no existe más el industrialismo; en medio de las estructuras de dominación, desapareció de una vez la

dominación de pueblos sobre pueblos, de clase sobre clase, de personas sobre personas (A. Márquez. 2003. p. 129).

En el capítulo siguiente se expondrá cómo la ciencia se enfrenta ahora a un mundo súper-vinculado, súper-entrelazado, interconectado, etc., que pone nuevos desafíos sobre la mesa. G. Vattimo verá precisamente en los mass media, actores y promotores de esta súper red de comunicación, las condiciones para el surgimiento de la posmodernidad. Los mass media son los constructores de esta modernísima torre de babel virtual que se ha construido.

Desde este punto de vista la historia contemporánea no es sólo aquella que se refiere a los años cronológicamente más próximos a nosotros, sino que es, en términos más rigurosos, la historia de la época en la cual todo, mediante el uso de los nuevos medios de comunicación, sobre todo la televisión, tiende a achatarse en el plano de la contemporaneidad y de la simultaneidad, lo cual produce así una deshistorización de la experiencia. (G. Vattimo. 1990. p. 17)

A nivel práctico, en todos los ámbitos de la vida, precisamente empujados y modelados por los mass media², que sin duda son un elemento de dominio e ingeniería social, lo que se da es la irrupción, plenamente como una oleada bárbara, del relativismo. El gran sujeto moderno se pulveriza y lo que queda es la progresiva falta de referentes comunes, que conlleva obviamente al subrayado de posiciones subjetivas, individualistas.

Si a esto se le suma, la pérdida de todo fundamento, la pérdida de Dios, lo que aparece es un mundo desmembrado, escéptico, porque esa es la salida natural del relativismo. El salto de ahí al nihilismo es muy fácil y como dice G. Vattimo: “Para Nietzsche esto significa que nihilismo es la situación en la que el hombre reconoce explícitamente la ausencia de

² “Algo ha cambiado, y el período de producción y consumo fáustico, prometeico (quizás edípico) cede el paso a la era “proetínica” de las redes, a la era narcisista y proteica de las conexiones, contactos, contigüidad, feedback y zona interfacial generalizada que acompaña al universo de la comunicación. Con la imagen televisiva, ya que la televisión es el objeto definitivo y perfecto en esta nueva era, nuestro propio cuerpo y todo el universo circundante se convierten en una pantalla de control.” (J. Braudillard. 2008. p. 188).

fundamento como constitutiva de su propia condición” (G. Vattimo. 1990. p. 105).

Por haberse vuelto un cúmulo de sensaciones que el sujeto tiene que organizar, la naturaleza caótica del mundo, que crecía conforme el poder organizador y unificador de la Razón moderna también crecía, está ahora en la pluralidad de voces de los sujetos, no hay sustancialidad humana, hay voces, discursos, narraciones, en todas direcciones, en encuentro y desencuentro (un verdadero reto para la práctica sistémica en psicología).

No en vano, los modelos terapéuticos pretenden borrar las huellas del pensamiento polarizante muy a tono con la posmodernidad. Como dice A. Márquez, “Para ello desarrolla un discurso simbólico y representativo de sospechosa polisemia: reafirma la diferencia, proclama el derecho de existencia del otro, insiste en la superación de todo binarismo, de bueno y malo, [...] funda el escepticismo que conlleva el nuevo relativismo.”³ (A. Márquez. 2003. p. 129).

Teóricamente, como ya se va perfilando, a nivel del sujeto moderno, la posmodernidad pone al mundo ante su disolución y esto se significa como la caída de la Razón moderna. Por una parte, el proyecto moderno, el proyecto de la ilustración, llega a una crisis visible, por ser además en muchos sentidos un proyecto de unos cuantos.

Considérense tres de los ejemplos proporcionados por D. Innerarity para mostrar la disolución del sujeto en la cultura posmoderna. Esta disolución es a todas luces un punto de quiebra, porque el sujeto es el eje desde donde se ordena la modernidad: “La muerte del hombre consiste en la negación del sujeto tal y como lo había entendido la modernidad, es

³ Y el autor agrega acertadamente más adelante: “Si la sociedad moderna se halla estructurada alrededor de la ideología individualista, entonces para superarla importa decir, en las palabras de Gramsci, que hay que elaborar una ideología cultural, estructurarla alrededor de la tradición de solidaridad...” (A. Márquez. 2003. p. 129).

decir, como dispensador de sentido a la realidad”. (D. Innerarity. 1987. p. 122). Los tres ejemplos son los siguientes:

Lévi-Straus disolverá el sujeto en la estructura social, que es de hecho un inconsciente estructural, no es banal que este antropólogo realice, por ejemplo, comparaciones entre el psicoanalista y el shamán, en todos los casos, la importancia de esa estructura es que en el fondo es de la propia naturaleza y es cuestión sumergirse en ella. “Para hacer trasparente lo real al hombre, hay que disolver a éste en la trama objetiva, material, de la naturaleza . Se trata, pues, de «resolver lo humano en lo no-humano»” (D. Innerarity. 1987. p. 122)

Si, como creemos nosotros, la actividad inconsciente del espíritu consiste en imponer formas a un contenido, y si estas formas son fundamentalmente las mismas para todos los espíritus, antiguos y modernos, primitivos y civilizados —como lo muestra de manera tan brillante el estudio de la función simbólica, tal como esta se expresa en el lenguaje—, es necesario y suficiente alcanzar la estructura inconsciente que subyace en cada institución o cada costumbre para obtener un principio de interpretación válida para otras instituciones y otras costumbres, a condición, naturalmente, de llevar lo bastante adelante el análisis. (Lévi-Straus. 1987. p. 68)

Según D. Innerarity, el caso de Lacan es otro caso de disolución, emparentable con el anterior en el sentido de que el sujeto quedaría disuelto en el inconsciente que se manifiesta en el lenguaje. Si se quiere superar la dicotomía sujeto-objeto, se debe pensar que “no hay más que sujetos que desean, el inconsciente -verdadero está estructurado como un lenguaje cuyo funcionamiento tiene lugar sin la intervención del sujeto consciente. «Soy donde no pienso»” (D. Innerarity. 1987. p. 123)

No obstante, tanto Lévi-Straus como Lacan, junto con el otro ejemplo de los que proporciona D. Innerarity, M. Foucault, para quien el sujeto es una invención reciente, deben ser leídos con extrema precaución. Gabriel Andrade (2013), subraya también ejemplarmente las pretensiones de estos pensadores, las cuales en general son tomadas como charlatanería,

impostura o relativismo, como en el caso de Lévi-Straus. El comentario sobre Lacan es muy sintomático y “emblemático”:

No es de extrañar que Lacan terminara por decir que el falo es idéntico a la raíz cuadrada de menos uno. ¿No habéis entendido lo del falo? Lacan estaría muy contento al saber que os quedasteis perplejos. Este ejemplo de Lacan es muy emblemático de algo que Sokal y Bricmont denuncian en el oscurantismo posmoderno: ciertos autores posmodernos suelen emplear una jerga procedente de las ciencias duras (física, matemática, etc.), pero muchas veces la extensión de estos conceptos a los temas tratados por ellos termina siendo disparatada. (G. Andrade. 2013. p. 73).

Ese es el caso de “Microfísica del poder” de M. Foucault, pero también del propio J. Lyotard: *La posmodernidad (explicada a los niños)* no es precisamente un ejemplo de claridad y muestra algo como lo que se propone a continuación con tres citas tomadas de una obra de K. Gergen.

Es importante pues, antes de abordar el capítulo dedicado a la ciencia moderna y posmoderna, dar algunos ejemplos que ilustren sobre la trascendencia de las “cuestiones teóricas” en la vida cotidiana y en la cultura, donde repercute sonoramente la “condición posmoderna”. Se han seleccionado estos tres ejemplos de la obra de K. Gergen, *El yo saturado* (2006). Aunque abundan matices y situaciones en esta obra, estos tres ejemplos ayudarán a dar un perfil de la vida posmoderna.

“En las palabras de la artista Suzi Gablik, “tantas metamorfosis y revoluciones, de toda índole, tantos valores disimiles presentados simultáneamente, a la larga han acabado con el marco de las cosas, han destruido la convicción de que existe algún límite en el arte. Y al remover de este modo todo patrón con respecto al cual medirnos, ya no sabemos qué reglas debemos seguir, y mucho menos por qué habríamos de seguirlas”” (K. Gergen. 2006. p. 185)

“Cuando se torna cada vez más difícil diferenciar entre sinceridad y simulación, la diferencia misma deja de ser visible. Umberto Eco lo resumió así: “La actitud posmoderna es la de un hombre que ama a una mujer muy culta y sabe que no puede decirle “Te quiero con locura”, porque sabe que ella sabe (y sabe que él lo sabe) que esa frase ya fue escrita por Bárbara Cortland” (K. Gergen. 2006. p. 307)

“Ya sé lo que me quiere decir. Mi hija no sabe si casarse o vivir sola, o irse a vivir con alguien, o dejar de fumar, salvo marihuana, o dejar de beber definitivamente, o tener un hijo, o adoptarlo, o simplemente olvidarse del sexo y tomar más sedantes, o...” (K. Gergen. 2006. p. 286)

A primera vista, los tres ejemplos mostrarían con claridad la propia tendencia posmoderna: seguramente no tiene nada que ver una cosa con otra, que evidenciaría la falta de criterio y el sinsentido, pero si uno se detiene un poco más, teniendo a F. Nietzsche en mente, se puede sintetizar lo anterior como la falta de todo fundamento y de toda proporción.

No hay nada. La pérdida de todo fundamento es la pérdida de referentes. ¿Qué se podría ser a fin de cuentas? Sólo nuestro rol del aquí y del ahora. La incredulidad no es sólo de metarrelatos. Se ha generalizado. No hay forma de encontrar un lugar donde asirse, porque ese lugar no está ahí. La disolución del mundo es real. La nave va naufragando: moral, cultural y socialmente. El sujeto ha quedado dividido, fragmentado, atomizado. Somos la *selfie* de alguien más que somos nosotros: el momento efímero de nuestra propia superficialidad, de ser siempre otro. Esto es la permanente disolución cotidiana.

Y esta superficialidad opaca la esperanza. La crisis es también una crisis de horizontes. Nada más ilustrativo de este momento que una vieja canción de J. M. Serrat, “De cartón piedra”, que cuenta la historia de un hombre enamorado de un maniquí: “Juega las cartas que te da el momento, mañana

es sólo un adverbio de tiempo”. Muerto Dios, sólo nos queda romper el cristal y correr.

Nuestra posmodernidad.

Dada la posición central que tendrán los Estados Unidos en la aparición del modelo sistémico, conviene anotar cómo se da la aparición de la posmodernidad en nuestro continente: Los países latinoamericanos corrieron dando la espalda al sol; perseguían, detrás de su propia sombra, la proyección del desarrollo y progresos que se anunciaban desde Europa y Norteamérica.

Se puede preguntar por qué se dio esto si nuestra Latinoamérica se “bautizó” primero. Nuestro retraso social y tecnológico fue desproporcionado con respecto a la América inglesa, debido en mucho a la ideología del conquistador en cada caso, lo cual será muy determinante en lo que se referirá al desarrollo norteamericano en asistencia social y a su manera de verse: llenos siempre de progreso y riqueza, proclives al bienestar, tendientes a la búsqueda de atención y de salud. Esto, se verá más adelante, marcará uno de los derroteros que abrirán paso al surgimiento del modelo sistémico en la atención familiar.

Los protestantes del norte encaraban el problema del destino de la existencia humana, a lo que la contrarreforma, católica y jesuita, había respondido defendiendo la libertad humana: nuestro destino quedaba indeterminado. Dios sabía todo nuestro hacer, pero no lo determinaba; los protestantes habrían de recurrir a la justificación. Si todo está ya determinado, y Dios lo sabe, sabe quién se ha condenado, habrá que hacer méritos, los cuales se concretaron específicamente en el desarrollo material.

No obstante, es obvio que no sólo estas ideas determinaron el rumbo de los acontecimientos, las diferentes relaciones políticas y económicas con la corona española e inglesa respectivamente, con las estructuras resultantes, fue devastadora para el futuro de los pueblos latinoamericanos, pero no lo fue así para Norteamérica.

Quisieron correr, pero también fueron empujados. Los que llegaron determinaron que a los de aquí les tocaba recibir y entregar. Así, estos de aquí habrían de recibir y continuarían recibiendo por siglos: filosofía, arte, ciencia, artes, que marcharon rezagados. Ese fue el rasgo general de toda América, no sólo de los países latinos, pero, como lugar común, se entregó mucho más de lo que habría de recibirse.

De esta forma, sin ignorar que, al igual que el genio romano, el norteamericano era práctico, y promovía además de su originalidad respecto de Europa, la cultura norteamericana no se verá abstraída de esta realidad: le tocaría recibir también y el psicoanálisis fue una muestra de la modernidad a la saga que se vivió en América.

La mención del psicoanálisis es muy pertinente porque, tanto en Norteamérica como en Europa, serán los psicoanalistas los que empiecen a ver que la solución individual, intrapsíquica y psiquiátrica, para los problemas psicóticos, especialmente para la esquizofrenia, no era en absoluto suficiente y el esquema metodológico del psicoanálisis debía abrirse a una solución de corte familiar, sistémica,

Se dijo ya que a los de aquí les había tocado recibir, lo cual promovió un eclecticismo muy singular, eclecticismo del que Norteamérica será un ejemplo paradigmático. Piénsese, por ejemplo, en los movimientos literarios y culturales, deteniéndonos en el neoclásico, su rival, el romanticismo, y el realismo. Estos movimientos llegaron a América cuando los movimientos culturales anteriores no habían ni desarrollado ni

desembocado por sí mismos en las nuevas manifestaciones, como había sucedido en Europa. No terminaba aún algo y ya se tenía noticia de la siguiente propuesta, lo que dio como resultado un eclecticismo muy singular.

Esta es la relación que se da entre la modernidad y posmodernidad americanas, entre la modernidad norteamericana, rica, proclive por su propia *naturaleza* al bienestar al crecimiento y al desarrollo, y la latina: se vivió materialmente sin haber alcanzado el sueño de la razón. Es como si se hubiese dado un salto: no se tuvo la modernidad norteamericana, aunque sí su eclecticismo.

Los países latinos nunca dieron alcance a los países desarrollados como los Estados Unidos, cuando aquellos anunciaban con bombo y platillo la crisis del sistema moderno, que incluye la crisis del capitalismo y la ciencia hegemónica, y que en el fondo es su crisis y su responsabilidad, los países latinoamericanos parecieron encontrarse en sus dominios: crisis y subdesarrollo eran los estigmas permanentes de nuestros pueblos.

Así, por ejemplo, en los países latinoamericanos, donde la discusión modernidad-postmodernidad, los distancia de sus reales conflictos de existencia y desarrollo, se encuentran luchando por la hegemonía de otro discurso, uno que provenga de la visión emancipadora y dialógica de los seres humanos, con el cual se garantice una mayor práctica pública de la equidad y la justicia social. (A. Márquez. 2003. p. 128)

Segunda incursión hacia la posmodernidad

El cómo terminó erosionada hasta la extinción la antigua visión del mundo fue una gran paradoja en la historia del pensamiento y de la vida humana en general. Kepler, Copérnico, Galileo, por citar a los más recordados, desgastaron hasta el derrumbe los cimientos que sostenían el lugar central del mundo en el universo.

La redondez y el movimiento de la tierra sustituyeron a la visión ptolemaica que era hermana del pensamiento aristotélico, la hermana incómoda que en buena medida le hizo fenecer. Terminar con lo primero puso en duda lo segundo: la gran construcción aristotélica, que igualmente dio forma a la tomista, baluarte de la filosofía cristiana, se venía abajo.

¿Por qué fue una paradoja? (Y quizá se debiera preguntar también si fue una injusticia, o un sinsentido). Porque si uno se pone de pie ante la orilla del mar, los sentidos no nos dejaron mentir: con sus subidas y bajadas, la tierra tiene un eje horizontal, es plana. Esa era nuestra experiencia y lo es: juzgábamos nuestra experiencia pero calificábamos al objeto de la misma. De esta misma forma, los sentidos pueden darnos cuenta de la estaticidad del mundo.

La metafísica aristotélica, metafísica de seres reales con esencia, iniciaba en los sentidos, en la confianza ante la información sensorial, no era una metafísica de corte racionalista ni mística. Lo “meta” no tenía que ver con el mundo físico. Meta, *después de*, fue una nomenclatura que se le aplicó a la *Filosofía primera*, la filosofía de los primeros principios de las cosas, que se ordenó en los “estantes” después de la *Física*; esto fue entonces un desafortunado juego de palabras, algo que puede verse como una coincidencia algo fatal para la metafísica.

En esta metafísica, las primeras evidencias son recogidas por los sentidos, el método metafísico de Aristóteles es inductivo. Va de los particulares a lo general, a lo universal, de los seres al ser, así, hasta descubrir, las generalidades más profundas que se dan en cada ser, en el ser. Si se dice “todo tiene una causa” es porque la evidencia sensible nos ha permitido llegar a formular ese principio que se vuelve metafísico, se vuelve uno de los primeros principios en los que se sustenta la realidad.

Sin embargo, al crecer los conocimientos astronómicos, de la mano de un nuevo método en la ciencia, la “evidencia” sensorial empezó a tener problemas y a quedar en entredicho, y, aunque la redondez de la tierra se comprobó, paradójicamente, por el testimonio de los sentidos, la metafísica, al quedar estos como sujetos de duda y ella sustentarse en ellos, quedó igualmente muy mal parada y cayó paradójicamente, lo cual debe subrayarse

Fue así que las ciencias físicas y matemáticas con su nueva metodología empezaron a tomar una fuerza y prestigio fenomenales, prestigio que llega hasta nuestros días, tal como dice F. Capra: “La influencia que la física moderna ha tenido en casi todos los aspectos de la sociedad humana es notable. Se ha convertido en la base de las ciencias naturales, y la combinación de las ciencias naturales y las ciencias técnicas ha cambiado fundamentalmente las condiciones de la vida sobre la tierra, tanto para bien como para mal.” (F. Capra. 2000. p. 5). Y el método de estas ciencias fue, y es, el que a la larga se reconocería hegemónicamente como *el* método de las ciencias.

De esta forma, los descubrimientos astronómicos fueron de enorme trascendencia, porque, moviendo a la tierra de lugar con respecto al sol, el universo finito aristotélico se expandió, creció, adquirió mayoría de edad, y, como recorriendo un nuevo telón que deja ver un nuevo escenario, se

tornó infinito. Dios también creció y se alejó, como presintiendo su muerte. Entonces, la manera de pensar matemática, ahí están los renacentistas, fue trasladada al campo de la filosofía. El método cartesiano es eso: una manera matemática de enfrentar la realidad.

En esta línea, I. Kant, al iniciar su *Crítica de la Razón Pura*, equipará su intento al de la revolución que ha iniciado N. Copérnico en la astronomía. El filósofo de Königsberg llevará a tal punto la influencia de esos esquemas de la ciencia matemática, que espacio y tiempo, antiguamente cualidades de los seres, pasaran a ser formas a priori de la sensibilidad. Así es: espacio y tiempo son elementos de la subjetividad humana:

Por tanto, no sólo es posible o probable que espacio y tiempo sean, en cuanto condiciones necesarias de toda experiencia (externa e interna), puras condiciones subjetivas de toda intuición humana, sino que es indudablemente cierto. Por ello, todos los objetos son meros fenómenos respecto de dichas condiciones, no cosas que existen en sí mismas y que se nos ofrecen como fenómenos. (I. Kant. 2005. p. 96).

La cuantificación de la naturaleza por parte de la naciente filosofía moderna hizo a un lado las antiguas categorías aristotélicas. De ellas, sólo permaneció la de sustancia. Y sobre todo, las esencias de las cosas perdieron su ciudadanía. El mundo dejaba de tener esencias, que no es cosa menor, pues las esencias existían y *definían*, por sí mismas, al mundo: una esencia, por sí misma, hace que una cosa sea lo que es: “Se distinguen cuatro causas [de las cosas en general]. La primera es la esencia, la forma propia de cada cosa, porque lo que hace que una cosa sea, está toda ella entera en la noción de aquello que ella es...” (Aristóteles. 1969. p.9)

Al perder la esencia, su “naturaleza”, su sustancialidad no fue otra que la de “extensión” y todas las cosas fueron lo mismo. El dinamismo y la finalidad en la visión aristotélica mudaron de piel y se convirtieron en un sórdido mecanicismo, que llegaría, por ejemplo, hasta Freud y su visión antropológica.

La física de Descartes es, como todo el mundo sabe, mecanicista; Descartes no quiere más elementos, para explicar los fenómenos y sus relaciones, que la materia y el movimiento. Todo en el mundo es mecanismo y, en la mecánica misma, todo es geométrico. Así lo exigía el principio fundamental de las ideas claras, que excluye naturalmente toda consideración más o menos misteriosa de entidades o cualidades. La física de Descartes es una mecánica de la cantidad pura. (R. Descartes. s/a. p. 10.)

Descubrir las leyes que regían las transformaciones se hizo desde entonces el quid del pensamiento científico. Las leyes ocuparían la vacante que dejaba el teleologismo aristotélico. El descubrimiento de estas leyes que gobiernan el mundo ponía a éste en las manos del hombre. Esto fue lo que se encontraba igualmente en el proyecto de Bacon, “quien ha captado bien el modo de pensar de la ciencia que vino tras él. La unión feliz que tiene en mente entre el entendimiento humano y la naturaleza de las cosas es patriarcal: el intelecto que vence a la superstición debe dominar sobre la naturaleza desencantada” (Th. Adorno. 1998. p. 60)

El optimismo ilustrado, o su inconciencia arrogante, por los logros de la razón fue el viraje “secularizaste” de la visión renacentista. La ciencia, con la configuración que se ha descrito, habría de poner al hombre en un mundo mejor. Los ideales de dominio sobre la naturaleza, control, progreso, orden, se levantaban como las grandes directrices que guiarían el saber científico. “Ellos supusieron que una razón así tendría la capacidad de construir la nueva humanidad del futuro y de crear el adecuado habitar terrestre en el que el hombre podría vivir en el futuro para dedicarse sin impedimentos a la expansión de su libertad individual y política”. (J.J. Sanguinetti. 2006. p. 2) No obstante, esto será sólo la tierra prometida para algunos países: ni libertad ni hábitat.

El proyecto ilustrado es el proyecto que se definirá como inconcluso en la modernidad: “El proyecto de modernidad formado en el siglo XVIII por los filósofos de la Ilustración consistió en sus *esfuerzos* para desarrollar una

ciencia objetiva, una moralidad y leyes universales y un arte autónomo acorde con su lógica interna. Al mismo tiempo, este proyecto pretendía⁴ liberar los potenciales cognoscitivos de cada uno de estos dominios de sus formas esotéricas.” (J. Habermas. 2008. p. 28)

La modernidad tiene entonces un punto neurálgico de referencia en la filosofía de la Ilustración, la cual heredera al positivismo su talante antimetafísico y antirreligioso, que son de hecho los dos estadios que anteceden, según A. Comte, al gran estadio positivista, el cual marca la mayoría de edad del conocimiento humano. Como anticipara I. Kant: “He establecido el punto principal de la ilustración, esto es, la salida del hombre de su culpable minoría de edad, principalmente en asuntos religiosos, pues, respecto a las artes y las ciencias, nuestros señores carecen de interés en ejercer la tutela sobre sus súbditos; además de que aquella minoría de edad es, de todas, la más funesta e infame.” (I. Kant. 2006. p. 70)

El proyecto positivista de A. Comte es el primogénito del proyecto ilustrado. ¿Se puede dar por superado el modelo positivo? La superación efectiva y radical de esa manera de acercarse y entender al mundo casi de suyo supondría la superación del esquema moderno, porque es su más reducida concreción. Las características de ese saber constituyen una de las moléculas de nuestra formación curricular: metódica, objetiva, universal, sistemática... son casi hasta lugares comunes, lugares comunes que la posmodernidad revisa pero que no puede dar por superadas.

La cuestión de la objetividad no es una distinción especial es casi una consecuencia tanto del marco físico-matemático que ve nacer a la ciencia

⁴ Y añade J. Habermas: “Los pensadores de la Ilustración con la mentalidad de un Condorcet aún tenían la extravagante expectativa de que las artes y las ciencias no sólo promoverían el control de las fuerzas naturales, sino también la comprensión del mundo y del yo, el progreso moral, la justicia de las instituciones e incluso la felicidad de los seres humanos”

moderna como de la distancia siempre supuesta entre el sujeto y el objeto: la razón no puede menos que ser objetiva; ella es el juez. La objetividad es posible porque hay un algo extenso y cuantificable, que la razón mide es la copia en negativo del antiguo criterio donde la realidad media al intelecto: “En la reducción del pensamiento a la categoría de aparato matemático se halla implícita la consagración del mundo como medida de sí mismo. Lo que parece un triunfo de la racionalidad objetiva, la sumisión de todo lo que existe al formalismo lógico, es pagado mediante la dócil sumisión de la razón a los datos inmediatos.” (Th. Adorno. 1998. p. 80)

El positivismo y ahora la tecno-ciencia se ha levantado como el programa científico dominante. Un conocimiento es tal y puede hacerse ley universal en la medida que se pueden realizar o tener experiencias con las cuales podemos comprobarlo. Este programa va de la mano con los desarrollos industriales y no se le ha de desvincular de ellos, ya no sólo del desarrollo del capitalismo en los países occidentales sino de las estrategias de dominio global en sus diversas facetas, las cuales ahora parecen confluír: éticas, políticas, económicas.

Otra cuestión fundamental es la del método que es sin duda una cuestión de ciudadanía para todo saber que quiera justificarse como tal. Todo saber se justifica ahí y las ciencias modernas tienen sus métodos para dar legitimidad a nuestros conocimientos. Integrar un conocimiento al cuerpo de la ciencia, es decir, sistematizarlo, es demostrar primero su universalidad a través del método. En el caso del método de las ciencias positivas, éste incluye de suyo el momento en que se logran emparentar unas condiciones y operaciones empíricas específicas con las afirmaciones a las que pretenden dar validez.

Aquí está presente el legado cartesiano, la realidad es medible cuantificable, calculable. La ley es ley a través de ciertas condiciones que

son identificadas por variables cuantificables: “Sustituyen el concepto por la fórmula, la causa por la regla y la probabilidad. La causa ha sido el último concepto filosófico con el cual la crítica científica ha arreglado cuentas, puesto que era el único de los viejos que aún se le resistía, la última secularización del principio creador.” (Th. Adorno. 1998. p. 61). El ideal ilustrado de dominio y control es llevado a su puntual concreción por parte del saber positivo, aunque dominio y control aparezcan también como dos celebres utopías del mundo moderno.

A pesar de todo, la naturaleza es concebida hoy día más que nunca como mera herramienta del hombre. La naturaleza es objeto de una explotación total, que no conoce límite puesto que no conoce ninguna meta instituida por la razón. El imperialismo sin límites del hombre no encuentra jamás satisfacción. El dominio de la especie humana sobre la tierra no tiene parangón en aquellas épocas de la historia natural en que otras especies animales representaban las formas más altas de la evolución orgánica. Sus deseos encontraban su límite en las necesidades de su existencia física. (Max Horkeimer. 1973. p. 118).

No obstante, una vez que se ha apuntado hacia la objetividad, hacia el método científico y la sistematización de todo saber en la ciencia moderna, se debe preguntar por la naturaleza de la universalidad. Se puede entender que la universalidad en un saber lo define como aplicable a toda cosa o evento de un cierto tipo, lo cual se constata y al ser constatado puede integrarse dentro del feliz cuerpo de saberes de la ciencia.

¿Las leyes científicas se encuentran más cerca de las ideas universales de la filosofía premoderna que de los propios esquemas modernos? Es interesante ésta pregunta, sin duda. Si la universalidad depende más del sujeto, la objetividad misma del saber está desde un principio en tela de juicio y por eso los físicos, como se mencionará, cuestionan este ideal. Para los científicos, por mor de la comparación, las teorías serían las categorías kantianas con las que se da cuerpo a la experiencia, haciendo que un saber adquiriera su carácter necesario. ¿Los hombres de ciencia han

asumido la categorización kantiana o trabajan de hecho como hombres aristotélicos sin saberlo?

¿La ciencia posmoderna?

Re-loaded, conected, linked son palabras que definen el tipo de mundo al que se enfrenta la ciencia en la actualidad. El hombre generó una red virtual, pero esta red virtual generó a su vez y es producto de una comunicación física singular que aceleró las influencias, las dependencias, el feed back permanente en todo el mundo. La rapidez con la que un fenómeno deja sentir su peso en otra parte del mundo se va haciendo instantánea y todas las cosas van quedando dentro de un enorme entramado, constituyéndolo y vitalizándolo.

La política se hace economía, pero ésta es ciencia, y en ella confluyen y se inter-ponen ética y epistemología. Todo regresa y da vuelta, cambia, se va y reaparece. No se podría esperar ahora un único discurso sobre la ciencia y su relación con lo posmoderno, un discurso que en parte sería como el que recién se ha hecho: una ciencia caracterizada como algo en sí mismo. No obstante, una ciencia así no ha existido, no lo ha habido: el proyecto moderno que la ilustración defendió fue un proyecto político, económico, anti-religioso.

Una explicación más o menos uniforme y más o menos definitiva sobre la relación de la ciencia y la posmodernidad o de una ciencia posmoderna no es posible ahora porque estamos en medio de un momento de transición que quizá se prolongue ya indefinidamente, al modo una crisis desproporcionada.

Así, como en los grandes momentos de crisis de la humanidad, podría pensarse que la posmodernidad define un tránsito hacia algún lugar.

Cuando los filósofos de la naturaleza en la Grecia antigua embotaron el ambiente con sus respuestas quedó abierta la puerta para la sofística y hubo crisis; cuando la edad media agotó sus esquemas, aparecieron los últimos escolásticos, como D. Escoto y G. de Ockham y hubo crisis, lo mismo sucedió antes de Kant y la metafísica racionalista alemana que le daría paso. Con cada época de debilitamiento en el pensamiento, surge un momento de transición, que se torna crítico en mayor o menor medida.

La posmodernidad sí surge como crisis (no se sabe si para acentuarla) y tal crisis es palpable, y hasta dramática en muchos sentidos. ¿Podría caracterizarse simplemente como un momento de transición? No se puede saber: estamos ahí en ella, y presumiblemente puede ser, para algunos, la crisis final de la humanidad. Sobrevivimos a Roma, a las pestes medievales, a las guerras. ¿Sucederá lo mismo ahora?

¿A qué se enfrenta pues la ciencia en este momento? Recién se descubrió un entramado complejo, una red inusitada de relaciones en multi-retroalimentación. Este mundo así descrito encuentra su correlato en las teorías de la complejidad, por lo que es fácil hacer la contraposición con el atomismo mecánico cartesiano, así como con las leyes y formulaciones de los astrónomos y físicos como Copérnico y Newton que aspiraban a la simpleza y a la síntesis: “También Newton expresó la gran ley de la gravitación universal en “una sola fórmula matemática”, sintetizando con ellas magníficamente con ella las obras de Copérnico y Kepler, e igualmente las de Bacon, Galileo y Descartes.” (M. Martínez. 2010. p. 178).

Las preocupaciones actuales de los científicos se manifiestan de forma muy distinta: “Cuanto más penetremos en el mundo submicroscópico, más nos daremos cuenta de que el físico moderno, al igual que el místico oriental, ha llegado a ver al mundo como un sistema de componentes

inseparables, interrelacionados y en constante movimiento, en el que el observador constituye una parte integral de dicho sistema” (F. Capra. 2000. p. 9)

El problema de una realidad compleja, suscitado también en el seno de una sociedad de transnacionales voraces, conduce hasta esa otra dimensión o ante uno de los problemas que enfrenta la ciencia postpositiva: el problema de la metodología. ¿Podríase generar una ciencia multidimensional capaz de abarcar las diferentes formalidades o dimensiones que la propia riqueza del mundo había encargado a las disciplinas por separado? Debe parecer una ficción. La ciencia se ha tornado transdisciplinaria, lo cual también por su parte afecta los proyectos curriculares: ahora somos una especie de hombres neo-renacentistas, pero sin alma, y sin humanismo.

Atrás de ello se encuentra una razón única cuestionada e impotente, por lo menos en apariencia, ante un mundo que se niega a ser reducido por el por el talente hiperracionalista de la nueva ciencia, que no obstante sigue ahí creciendo dados también el poderío tecnológico y económico que la impulsan.

No obstante, esto no basta para hablar tan fácilmente de una ciencia posmoderna “cuando lo que se pretende con ellas es poner de manifiesto que la ciencia ha dejado ya de ser reduccionista y que se ocupa de lo complejo como tal [¿Cómo tal?], hay que responder que eso no bastaría para hablar de una ciencia postmoderna.” (A. Diéguez. 2006. p. 12)

La encrucijada que la posmodernidad representa para la cultura y la ciencia no se pone en duda y como se ha dicho aquí, al ser fruto de una crisis radical de la civilización, puede ser que este momento de “incertidumbre” se expanda como un incendio imparable e insuperable o se apague por sí mismo si es que representa este drama, o de hecho eso es lo que de entrada debe discutirse.

La crisis dentro de la ciencia ha estado presente y se ha subrayado en diversos momentos de la historia, sobre todo, cuando un paradigma es confrontado, como enseña Kuhn. La ciencia atraviesa pues por momentos extraordinarios, periodos de transición, de revisión y cambio. Funtowicz y Ravetz (2000. p. 95 cit. por A. Diéguez. 2006. p. 7) proponen una definición paralela a la dada por Kuhn, que consistiría básicamente en que en la actualidad este periodo de crisis se caracteriza por su ambigüedad e incertidumbre y ya no son transitorias como para Kuhn, sino permanentes. (A. Diéguez. 2006. p. 7).

Dada su trascendencia en la vida humana y por ser ella la cuna que ha visto crecer la vertiginosa transformación del mundo en múltiples direcciones, un enorme bloque del glacial que representa la posmodernidad le corresponde a la ciencia, que, con sus métodos, sus premisas y sus pretensiones de saber universal y objetivo se había consolidado como el eje ordenador del mundo, porque “la ciencia se identifica con el conocimiento cierto sobre fenómenos que son repetibles y –al menos en principio predictibles con un grado de exactitud indefinidamente creciente” (A. Diéguez. 2006. p. 1).

M. Martínez afirma que “actualmente vivimos un cambio de paradigma en la ciencia, tal vez el cambio más grande que se ha efectuado hasta la fecha (...) y que tiene la ventaja adicional de derivarse de la vanguardia de la física contemporánea” y agrega que “Está emergiendo un nuevo paradigma que afecta a todas las áreas del conocimiento. La nueva ciencia no rechaza las aportaciones de Galileo, Descartes o Newton, sino que las integra en un contexto mucho más amplio y con mayor sentido, en un paradigma sistémico”. (M. Martínez. 2010. p. 183).

¿Cuál serían las líneas fundamentales de este paradigma? Lo que se ha afirmado ya: una realidad que se encuentra íntimamente dependiente en

todas sus partes, co-determinándose, co-definiéndose, en una verdadera correlación nunca lineal, ni unidireccional. Hay una influencia dinámica que a su vez redefine al sistema mismo, con base en las relaciones de las partes. “Bertalanffy dice —como ya señalamos— que desde el átomo hasta la galaxia vivimos en un mundo de sistemas” (M. Martínez. 2010. p. 184)

R. Descartes había pretendido en su método que el análisis era un paso fundamental, se estudiaban las partes, se conocían los objetos del mundo, no al mundo mismo ni a sus interrelaciones. El paradigma sistémico pretende ensanchar la mirada: “Esta es la tesis básica que defienden las diferentes orientaciones pos-positivistas, las cuales consideran insostenible el modelo reduccionista “variable independiente → variable dependiente” ligadas únicamente por una relación causal, y la necesidad de sustituirlo por un modelo sistémico cónsono con la complejidad de las realidades del mundo actual”. (M. Martínez. 2010. p. 1976).

La nueva consideración de los objetos del mundo dentro de un marco más amplio, del marco de las relaciones que los definen dentro de los sistemas a los que pertenecen y que a su vez generan y participan de un gran sistema donde todo queda interrelacionado y definido como constituyendo ese sistema, exige una metodología que permita descubrir las dimensiones de interrelación y definición de los objetos

Esto abre la puerta a una nueva metodología o a la convivencia de distintas metodologías para abordar la realidad desde distintos ángulos, que finalmente son distintos ángulos formales. Esto igualmente marcaría el fin de la ciencia moderna al romper con la mencionada metodología dominante de las ciencias experimentales liderada por la física. De esta forma, como afirma A. Diéguez, indicando el problema que se plantea por quienes asumen esta posición: “La ciencia debería ser contemplada como un discurso entre otros, sometido a los mismos determinantes sociales,

políticos, económicos, ideológicos, religiosos, sexuales y culturales que los demás discursos elaborados por el ser humano”. (A. Diéguez. 2006. p. 2)

Lo que define a una ciencia en sentido estricto es la formalidad con la que se acerca a la realidad y, se ignore o no, desde los griegos y pasando por la edad media, un tipo de ser implica un tipo de ciencia. Si se habla de método científico en la modernidad eso no quiere decir que ese método sea un monolito al que deben postrarse todos los estudios de toda cosa, como si además existiera una única manera de proceder aún dentro del terreno experimental.

Aquí es donde no deben perderse de vista las características que definen al saber de las ciencias empíricas y las hacen diferentes a otros saberes. Los métodos demostrativos de las disciplinas filosóficas, por ejemplo, no parten, ni pueden hacerlo de las mismas premisas, conduciéndose además por los mismos caminos especulativos. No obstante, de forma general ese carácter demostrativo no puede negarse. Igualmente la ciencia empírica está sujeta a un método, que incluye la comprobación, sin importar el camino preciso que lleve para ello y los caminos se dan de acuerdo a los objetos pueden ser muy variados.⁵

En esta línea, A. Diéguez contrapone a la idea de una ciencia más incierta y más subjetiva, la realidad de una metodología que ha aportado al saber científico más objetividad y precisión: “A través de la mejora de los procesos de contrastación empírica, del perfeccionamiento en la recogida y

⁵ “Toulmin leyendo la historia de la ciencia desde 1700, podríamos llegar a la conclusión de que [la ciencia] cambió porque los científicos extendieron el alcance de sus temas, reapiando continuamente a nuevos fenómenos un “método científico” común. La verdad es más interesante. Cuando los científicos se trasladaron a la geología histórica, la química o la biología sistemática, y más tarde a la fisiología y la neurología, el electromagnetismo y la relatividad, la evolución y la ecología, no emplearon un repertorio único de “métodos” o formas de explicación. Cuando acometieron cada nuevo campo de estudio, lo primero que tuvieron que averiguar fue cómo estudiarlo. (A. Diéguez. 2006. p. 13)

análisis de datos, de la eliminación de prejuicios e intereses personales, del afinamiento en la detección de errores, y de logros análogos, todos los métodos adoptados en la ciencia han ido encaminados a aumentar el grado de fiabilidad de los conocimientos". (A. Diéguez. 2006. p. 14)

¿Qué se podría agregar a la crisis en la ciencia moderna señalada arriba? Aquella universalidad de la ciencia de la que se habló, es decir, su capacidad de dar explicaciones que son el caso sin importar qué, develando la fisiología del mundo, de un mundo determinado, cierto, predecible, se pone en jaque, porque ahora se enfrentan diversas realidades como el azar y la indeterminación, que hacen del mundo determinado un lugar plagado de incertidumbres.

Este azar y esta indeterminación vienen cobijados por los desarrollos de las ciencias físico-matemáticas. Heisenberg enunció el principio de incertidumbre y las conclusiones a las que se llegó a partir de él han dado pie a un sin número de desarrollos, que bien pueden discutirse. Si se revisa el texto de Heisenberg, se cae en la cuenta de que la incertidumbre no puede extrapolarse ni generalizarse así sin más de forma indiscriminada. En esta misma línea van las observaciones de F. Capra:

Hoy sabemos que el modelo newtoniano es sólo válido para objetos compuestos por un elevado número de átomos y sólo para velocidades muy pequeñas comparadas con la velocidad de la luz. Cuando no se da la primera condición, la mecánica clásica ha de ser sustituida por la teoría cuántica; cuando no se satisface la segunda condición, ha de aplicarse la teoría de la relatividad. Ello no significa que el modelo de Newton esté "equivocado", o que la teoría cuántica y la teoría de la relatividad tengan "razón". Todos estos modelos son aproximaciones, válidas sólo para una cierta gama de fenómenos. (F. Capra. 2000. p. 17)

El problema de la incertidumbre está vinculado con otro de los factores que sacuden a la ciencia, y tiene que ver directamente con la objetividad, esa pretensión de dar cuenta de la realidad como es, sin interferencia del observador. Esta objetividad es cuestionada precisamente porque se afirma

que el observador siempre influye en lo observado, rasgo que será determinante en la consolidación de la Escuela de Millán, que emparenta, como otros modelos, la psicología con la cibernética de segundo orden.

La física cuántica había puesto sobre la mesa el hecho de que los sistemas cuánticos se ven “influenciados” por el acto mismo de la observación. Medir, estudiar, analizar, observar son actos ya del sujeto que rompen con la independencia de la realidad. Esto es lo que comúnmente se conoce. Las palabras del propio W. Heisenberg alertan, sin embargo, para hacer una lectura más cuidadosa, matizando y puntualizando en cada caso: “La verdad es que la teoría cuántica no contiene rasgos genuinamente subjetivos; no introduce la mente del físico como una parte del acontecimiento atómico.” (W. Heisenberg. 1959. p. 40).

Esto es lo que ha visto A. Diéguez y que defiende como una falsa interpretación de las teorías físicas: “No fue ésta la conclusión que sacaron Bohr, Schrödinger o Heisenberg. Ninguno de ellos dudaba de que los electrones, los átomos o las mesas existieran realmente con independencia del observador [...] Son sólo ciertas propiedades de los sistemas cuánticos las que resultan ligadas al acto de observación” (A. Diéguez. 2006. p. 12).

Cuando se confunde la función de la observación con la función de la teoría, se puede entender que, si W. Heisenberg afirma que: “debemos recordar que lo que observamos no es la naturaleza en sí misma, sino la naturaleza presentada a nuestro método de investigación”⁶ (W. Heisenberg. 1959. p. 22), el sujeto es del todo influyente y que toda observación distorsiona todo, pero no es el caso: la función de la teoría no es la misma que cumple la observación, pues no se encuentran además al mismo nivel.

⁶ “Este mismo físico [W. Heisenberg] revela que una vez Einstein le dijo: “el hecho de que usted pueda observar una cosa o no, depende de la teoría que usted use. Es la teoría la que decide lo que puede ser observado” (en Bronowski, 1979: 249)”. (M. Martínez. 2010. p. 175)

Si se observa lo que dice W. Heisenberg al respecto, uno puede darse cuenta que, ligado al problema de la incertidumbre sus afirmaciones están descontextualizadas y llevadas a un punto donde hay hasta compromisos ontológicos y epistemológicos de peso como el suponer que en último término la existencia del mundo queda en entredicho y conocemos nuestros propios marcos teóricos o esquemas, que sería una versión de I. Kant llevada a un extremo que de hecho arrebatara consistencia y valor al conocimiento. ¿Es esta una pretensión posmoderna?

Por otra parte, si los factores para hablar del advenimiento de una ciencia posmoderna no fueran pocos. Las expresiones de J. Lyotard dejan ver la pérdida de los metarrelatos de legitimización de la ciencia. Estos “narraban” un progreso y un bienestar que no se pudieron alcanzar. La legitimización no puede darse desde la base del desarrollo y la esperanza, porque, tal como se ha visto aquí, las guerras⁷ son un buen ejemplo de que tal legitimización es imposible.

Ahora la ciencia no sólo enfrenta problemas de legitimidad relacionados con el proyecto ilustrado de la modernidad dentro del cual se gestó, sino que se encuentra aún más adentro de círculos de poder e intereses⁸ donde se encuentran enormes financiaciones que demandan resultados y rentabilidad en sus inversiones, dentro de la llamada Big Science: “Los grandes equipos de investigación propios de la Big Science están ahora

⁷ “Mi argumento es que el proyecto moderno (de realización de la universalidad) no ha sido abandonado ni olvidado, sino destruido, “liquidado”. Hay muchos modos de destrucción, y muchos nombres le sirven como símbolos de ello. “Auschwitz” puede ser tomado como un nombre paradigmático para la “no realización” trágica de la modernidad” (J. F. Lyotard. *La posmodernidad (explicada a los niños)*. 1987. p. 30)

⁸ Para formarse una visión ajustada de lo que separa de forma más notable el modo en que se desenvuelve la investigación científica actual del modo en la que lo hacía antes del siglo XX, mucho más útil que perderse en las complejidades matemáticas de la teoría del caos o en las aporías filosóficas de la mecánica cuántica, es, en mi opinión, consultar algunas obras de historia y de sociología de la ciencia. Y entre ellas hay dos que son muy adecuadas para enfocar desde otra perspectiva el tema en cuestión: Little Science, Big Science de Derek J. de Solla Price, que es ya un clásico que no necesita presentación, y Prometheus Bound, de John Ziman. (A. Diéguez. 2006. p. 9)

también al servicio de compañías multinacionales con derechos de propiedad sobre los resultados de sus trabajos.” (A. Diéguez. 2006. p. 10)

No obstante, aunque por un parte pareciera que ya no podría haber más insumos económicos a la ciencia, insumos que no podrían rebasar ciertos límites por su coste, lo cual además limitaría la actividad científica produciéndole un estancamiento⁹, se tendría que revisar qué tipo de conocimientos se detienen y de qué forma se da esto, pues países como Rusia han desarrollado, por ejemplo, a propósito de las nuevas confrontaciones bélicas, poderosos sistemas de comunicación, que en nada se detienen por los temas económicos.

La interconexión de todo y el carácter inter-disciplinario del saber, con metodologías que parecen cruzarse, abrió la puerta a la consideración de la ciencia en su relación con otras esferas de la vida humana, como la política, la economía y la ética. No obstante, “Por mucho poder económico y político que tenga un laboratorio, nunca podrá hacer que una teoría errónea deje de serlo, ni puede tampoco el mercado dictar si una teoría es mejor que otra desde un punto de vista epistémico”. (A. Diéguez. 2006. p. 6)

⁹ Muchas de las características que se suelen atribuir a la supuesta ciencia postmoderna, tales como la mercantilización de los conocimientos “[Lyotard], la búsqueda de rentabilidad inmediata en las aplicaciones, la inmersión en el debate público y en la cultura de masas, la interdisciplinariedad y la interconexión, la desaparición de los límites entre la investigación pura y la aplicada, el secretismo, o la proliferación de la ciencia patológica y la ciencia basura, son en buena medida –como podemos comprobar en estas obras– consecuencias de una reestructuración general producida por un incremento acelerado del número de investigadores y de la producción científico- técnica acompañado de una limitación sustancial de los recursos necesarios para desarrollar la investigación. (A. Diéguez. 2006. p. 9)

La psicología moderna

Enraizada en el cartesianismo no es de extrañar que cuando se quiere rastrear el origen de una ciencia moderna, como la psicología, se tome al filósofo francés como referente sin tener que ir obviamente hasta la antigüedad griega para encontrar ahí sus antecedentes que, como tales, no son precisamente cartesianos.

La psicología en tiempos de R. Descartes se preocupa por la psique, y así había sido desde la antigüedad. ¿Qué tipo de preguntas responde entonces esta psicología? Responde a preguntas como cuál es la naturaleza del alma, qué operaciones realiza, cómo las lleva a cabo, cómo conocemos, cómo nos movemos o cómo se comunica alma con el cuerpo.

Dadas estas coordenadas, por mor de establecer comparaciones ilustrativas sobre el campo de acción de la psicología filosófica, se puede ver, por ejemplo, que la psicología incipiente de un Demócrito, que consideraba al alma como constituida de átomos y al conocimiento como interiorización de esos átomos que se desprenden de toda realidad, es muy distinta, como se vio al citar al estagirita en oposición a los filósofos antiguos, a la psicología de los maestros griegos desde Sócrates, y obviamente de la psicología proveniente de pensadores cristianos.

¿Cuál es entonces la trascendencia de Rene Descartes al respecto? El realismo aristotélico-tomista había concebido al conocimiento como un solo acto sensible-racional, donde, por la acción abstractiva del intelecto sobre las imágenes sensibles en nuestro interior, conocíamos la esencia de los seres del mundo. Al separar cuerpo-pensamiento, Descartes debía enfrentar el problema de dar cuenta de dónde proviene todo aquello que pensamos, cómo se realiza semejante hecho. Algunas ideas, concluyó su idealismo, son innatas; otras, adquiridas, pero cómo se daba tal adquisición.

Establecida la comunicación del cuerpo con el alma en la glándula pineal, con la mediación de los espíritus animales, el problema de la “fisiología” de nuestro conocimiento, y en general el de la comunicación de la sustancia corpórea con la sustancia pensante, quedaron muy oscuros. A partir de esto, surgirán dos tradiciones que van a responder al problema del origen de nuestro conocimiento y que son ciertamente los referentes ancestrales de la psicología del siglo XIX y de buena parte del XX. Estas tradiciones son dos: el empirismo y el racionalismo, aunque, por la importancia y prestigio de la ciencia positiva, sea la primera la de mayor importancia.

El camino que el empirismo inicia con John Locke y que encuentra su cumbre en David Hume, es el camino de un pensar que culminaría en I. Kant y que sólo daría ciudadanía de conocimiento a aquel que quedara respaldado por la experiencia sensible, muy familiar por ello al futuro positivismo.

En Locke, el alma existe, debemos suponerla, pero no podemos constatar su existencia. El alma debe ser algo, alguna sustancia, pero no hay manera de tener experiencia de ello. De lo que si tenemos experiencia es de las cualidades de los objetos, divididas en primarias y secundarias y que conocemos a través de los sentidos, que son la única fuente de conocimiento, descartando las ideas innatas de Descartes. Las cualidades primarias le pertenecen a los objetos; hay ahí un resto del mundo como cúmulo de cualidades. Las secundarias, como el sabor o la textura, son de hecho reacciones del propio sujeto. He ahí una de las semillas de la subjetividad moderna, y posmoderna:

Las cualidades secundarias dependen de las primarias. Cuanto he dicho tocante a los colores y olores, puede entenderse también respecto a gustos, sonidos y demás cualidades sensibles semejantes, las cuales, cualquiera que sea la realidad que equivocadamente les atribuimos, no son nada en verdad en los objetos mismos, sino

poderes de producir en nosotros diversas sensaciones, y dependen de aquellas cualidades primarias, a saber: volumen, forma, textura y movimiento de sus partes, como ya dije. (J. Locke. 1977. p. 115)

Poco a poco, el empirismo fue despojando al mundo de sus atributos y depositándolos en las capacidades cognitivas del sujeto. Pasando por Berkeley y hasta llegar a Hume, la realidad sustancial, ya no del mundo, sino de la propia alma, que era un presupuesto para Locke, termina por desaparecer: solo existe la experiencia. Primeramente, Berkeley habrá de considerar toda cualidad de los objetos como secundaria, es decir, siempre asentada en la subjetividad. Hume, por su parte, negará toda realidad sustancial al mundo y a la propia alma.

Contrario a nuestras suposiciones, detrás de nuestras experiencias no hay ningún yo, sujeto o alma de los cuales podamos hablar. Del mismo modo que el mundo se había convertido en Locke en cúmulo de cualidades, el propio sujeto pasa a ser el cúmulo de sus vivencias y no se puede dar cuenta de ninguna idea sobre el Yo:

¿Pues de qué impresión puede derivarse esta idea [la del yo]? Esta cuestión es imposible de responder sin una contradicción manifiesta y un absurdo manifiesto [...] Debe ser alguna impresión la que da lugar a toda idea real. Ahora bien; el Yo o persona no es una impresión, sino lo que suponemos que tiene referencia a varias impresiones e ideas. [...] No podemos, pues, derivar la idea del Yo de una de estas impresiones, y, por consecuencia, no existe tal idea.” (D. Hume. 2001. p. 190).

Sólo se tiene pues conocimiento de nuestras percepciones y sólo se puede validar lo que la experiencia nos dice, lo cual, pasado por la criba de la Ilustración, será la piedra de toque de la ciencia positiva y de toda psicología que se funde en esa tradición científica, por ejemplo, el conductismo. Así, este empirismo para la ciencia positiva es fundamental, pues ya desde Locke se empiezan a borrar conceptos problemáticos o “metafísicos”, como el de innatismo o como la comunicación de las sustancias, los cuales, como conclusión del pensamiento empirista,

terminarán desapareciendo y serán inadmisibles en el programa de A. Comte.

El empirismo y la tradición físico matemática se encontrarían en David Hartley, a quien se considera fundador del asociacionismo, el cual de forma similar al empirismo británico mencionado, sobre todo al de D. Hume, explica la formación de nuestras ideas como resultado de movimientos mecánicos, lo cual va subrayando el carácter anti-metafísico de esa epistemología.

D. Hume había defendido leyes o principios con los cuales se integran nuestras experiencias sensibles. Páginas atrás se dijo que la asociación era un principio fundamental en D. Hume: formar ideas no era abstraer esencias, sino conjuntar sensaciones: “Las cualidades de que surge esta asociación y por las cuales de este modo es llevado el espíritu de una idea a otra son tres: semejanza, contigüidad en el tiempo y el espacio y causa y efecto.” (D. Hume. 2001. p. 26).

Hartley, de forma muy parecida, propone la contigüidad y la repetición. W. James continuará igualmente por este camino y entre éste y Wundt, a quien se le da la paternidad de la psicología por explicar las cuestiones psíquicas con el método de las ciencias naturales, hay varios científicos como son los casos de Helmholtz y Muller, entre otros, a los cuales no se les consideró plenamente “psicólogos” precisamente porque no lograban separar sus posiciones del pensamiento filosófico.

Todos estos científicos a los que se ha hecho mención estaban familiarizados con la fisiología por cuestiones asociadas al conocimiento, tal como a su modo lo estuvo el empirismo: el viejo problema cartesiano del origen de las ideas se resolvía cada vez más de forma física. Fue un continuo proceso de depuración de ideas con influencias filosóficas hasta que el problema de la mente, el conocimiento, las sensaciones, los

impulsos, las ideas, eran abordados desde una metodología propia de las ciencias naturales.

El clima positivista del siglo XIX, clima anti-esencialista, daría a pensadores como Wundt y Fechner el impulso que necesitaba la psicología para constituirse como una disciplina independiente. A partir de este momento, se pueden identificar tradiciones al interior de la psicología. En virtud de la simplicidad de su organización, se utilizará el esquema de K. Gergen, quien contempla tres tradiciones o corrientes dominantes, a saber, la de línea positivista que se ha mencionado, la corriente psicoanalítica y humanística y por último, la corriente de la que se hablará a detalle en el próximo capítulo, e identificada con premisas posmodernas, la corriente sistémica. (L. Botella, & S. Figueras. 1995. p. 14).

La primera tradición es la identificada hegemónicamente con el psicoanálisis y el humanismo. Freud desarrolló un modelo que, como buen maestro de la sospecha, hizo recaer los cimientos de la personalidad lejos del sujeto consciente y racional, subrayando aspectos internos de la psique como responsables del “dinamismo de la persona”. De hecho, se distancia del positivismo al proponer entidades o constructos teóricos no comprobables como tales con la metodología empirista.

Los mecanismos ocultos del inconsciente no son asequibles vía de la experimentación instrumental. El camino para llegar a ellos es una meticulosa interpretación de lo manifestado por los pacientes. A partir de las observaciones, de la escucha, es que se pueden conocer e ir definiendo aspectos comunes que poco a poco se propondrán como aspectos universales de la personalidad.

Los aspectos definatorios de la personalidad no son asequibles pues por la vía de la evidencia experimental. Los sueños, por ejemplo, nos dejan ver aspectos de la vida intrapsíquica del inconsciente, a los cuales no

podríamos acceder por otra vía, y que deben ser analizados bajo la lupa de una organizada interpretación. (F. G. Rey. 2009. p. 208).

Sin embargo, como afirma F. G. Rey, “el psicoanálisis se mantuvo mucho más centrado en procesos asociados al ejercicio de la clínica que en la investigación científica, lo que se hizo evidente de forma explícita en el propio cuestionamiento de Lacan sobre su status científico, cuestionamiento apoyado también por Foucault en aquel momento.” (F. G. Rey. 2009. p. 208).

El concepto mecanicista con el cual se fundamenta la antropología freudiana deja ver que las oposiciones que enfrentamos son inherentes a nuestra naturaleza: hay un conflicto permanente entre fuerzas, entre energías, que, de no ser resuelto adecuadamente, se manifestaran desde lo profundo del bio-psiquismo en la forma de un malestar.

La línea positiva

Se han visto ya los criterios fundamentales de la ciencia moderna y estos son los criterios con los que la tradición positivista psicológica quiere empatarse. Como afirma Foucault

La psicología del siglo XIX heredó la preocupación por alinearse con las ciencias de la naturaleza y por reencontrar en el hombre la prolongación de las leyes que rigen los fenómenos naturales. La determinación de vínculos cuantitativos, la elaboración de leyes que operen a la manera de las funciones matemáticas, la puesta en marcha de hipótesis explicativas, son los intentos por los cuales la psicología intentaba aplicar, no sin artificio, una metodología que los lógicos creyeron descubrir en la génesis y el desarrollo de las ciencias de la naturaleza. (cit. por C. H. Botero. 2005. p. 145).

La legitimización del modelo positivista lo da la experimentación, con ella se comprueba y se puede someter a repetición los fenómenos estudiados. La experimentación, con un modelo adecuado, otorga objetividad,

procurando independizar los resultados de variables ajenas al experimento y éste adquiere su sustento en los datos obtenidos. Los métodos estadísticos de la matemática son los encargados de establecer los significados de estos y las relaciones entre ellos.

Quien mejor ha representado este intento dentro de la psicología ha sido el conductismo. Su objeto de estudio fue la conducta observable y capaz de ser sometida a la metodología indicada. No obstante, como afirman L. Botella y S. Figueras: “La ironía, una vez más, es que la física en la que se inspiraban los modelos psicológicos racionalistas de los años 50-60 (conductismo y terapias cognitivo-racionalistas) era el modelo newtoniano, cuestionado ya en ese momento por los modelos teóricos contemporáneos (por ejemplo la física cuántica o relativista).” (L. Botella & S. Figueras. 1995. p. 15)

La última tradición es la que puede incluir al modelo sistémico, pero también al construccionismo. Dado que se hablara puntualmente del modelo sistémico en el próximo capítulo, se abordará el construccionismo y su incidencia en la terapia según lo deja ver K. Gergen.

La construcción del mundo

El marco general de cultura, ciencia y filosofía donde se ve emerger el construccionismo es el marco posmoderno y este marco tiene, como se ha ido descubriendo, diversas facetas. La crisis es la de la razón moderna: en la ciencia, cuestionando sus modos de ser, su objetividad, su metodología, sus alcances, su universalidad, su reduccionismo; en filosofía, dando la espalda a la hegemonía de la metafísica y de los valores que el pensamiento cartesiano heredó en la figura del sujeto.

Por una parte, se tiene una realidad que se vuelve aún más problemática y por tanto más lejana, no hay propiamente una realidad ahí: ni la antigua ni la moderna. Si la modernidad ya había sentenciado al mundo, la posmodernidad lo ejecuta. Por otra, hay un sujeto cognoscente que también se marcha. Ni mundo ni sujeto ni Dios. En psicología, este cambio se ve precisamente colocando de frente las dos tradiciones que recién se mencionaron.

La muerte de Dios que preconiza F. Nietzsche es la muerte de todo fundamento y esta pérdida es radical. El hombre queda sólo flotando en una realidad virtual, es la tragedia sin dolor, el nihilismo con copyright. El abandono de los principios con los que el mundo se ordenaba genera un postmundo y por ende una postmetafísica.

No hay nada en sentido apriorístico, sólo el perpetuo fluir heracliteano desempolvado por F. Nietzsche. No hay un fundamento filosófico, y tampoco un mundo sin observador en la ciencia. Le queda al hombre, con álgida nostalgia, el consuelo de interpretar y construir su mundo.

En psicología, esto se torna complejo, porque apenas nacida “la ciencia del comportamiento” ya está cooperando a la rebelión posmoderna. Así lo dice Foucault: “es en el interior del sistema freudiano que se produce ese gran trastocamiento de la psicología; es en el curso de la reflexión freudiana que el análisis causal se transformó en génesis de significaciones, que la evolución dio lugar a la historia, y que la exigencia de analizar el medio cultural substituyó al recurso a la naturaleza”. (cit. por C. H. Botero. 2005. p. 155)

¿De qué se habla cuando se habla de construccionismo?

Si se lee a la luz de la modernidad, se habla de un rechazo a la tradición universalista del sujeto y se habla entonces de la importancia del aquí, del

contexto y de la comunicación. Si se lee a la luz de la ciencia, no hay más búsqueda de esas leyes universales: “De acuerdo con Polkinghorne (1992, pág. 149), "el conocimiento debe interesarse por estos acontecimientos locales y específicos, no por la búsqueda de leyes generales libres del contexto". (L. Botella & S. Figueras. 1995. p. 19)

Esto no significa que la construcción rechace a la ciencia, lo que rechaza de esta es su carácter científicista y excluyente. La verdad, si ha de hablarse de ella, es cuestión de diálogo, de negociación, acuerdos que no tienen un estatuto trascendente. De ninguna manera: toda verdad es no necesaria, es contingente y depende del nicho social que la produce: es la versión construccionista de la filosofía hegeliana.

Es fácil darse cuenta que entre una verdad no objetiva¹⁰, que depende del nicho social y una verdad relativa hay bien poco, por eso los teóricos del construccionismo son cautos, aunque el éxito de esa precaución sea motivo de reservas: “La tesis del pensamiento posmoderno constructivo no es la del todo vale, sino más bien la de que todo es contingente; no se trata de que no existan reglas válidas, sino de que las reglas que existen están "situadas histórica y culturalmente" (K. Gergen, 1985, pág. 273)” (L. Botella y S. Figueras. s/a. p. 16)

La dialéctica que se desprende de la construcción social no viene sino a apoyar lo dicho: la interacción de un mundo desustancializado con un sujeto igualmente diluido potencia la virtualización de todo conocimiento y toda realidad: absoluta representación. Adiós para siempre a los fundamentos.

¹⁰ “El constructivismo radical tal como se presenta en la obra de Maturana & Varela (1987), von Foerster (1984), y von Glaserfeld (1984) rechaza la posibilidad de un conocimiento objetivo, dado que "todo conocimiento depende de la estructura del sujeto" (L. Botella y S. Figueras. s/a. p. 24)

El hombre es lo que hace el mundo de él y el mundo es lo que el hombre hace de él: hombre y mundo son dos pares que decrecen juntos. “Creamos el mundo que percibimos, no porque no exista una realidad externa (...) sino porque seleccionamos y remodelamos la realidad que vemos para conformarla a nuestras creencias acerca de la clase de mundo en el que vivimos”. (G. Bateson, 1972, pág. 7).

El construccionismo rechaza las pretensiones de objetividad del científicismo, pero no se ha alejado del carácter representacional del conocimiento: la construcción es una representación. Las estructuras del sujeto ahora son estructuras sociales, el sujeto cartesiano es un sujeto mayor pero espectral y, como afirman L. Botella & S. Figueras. (1995. p. 32), ahora es la viabilidad, la adaptabilidad o los efectos sociales son los criterios de verdad que han sustituido, al modo del pragmatismo, a los criterios justificacionistas sustentados en el método científico.

Por su influencia en el modelo sistémico conviene ver la relación que hay entre construccionismo¹¹ y psicoterapia. El modo de hacer terapia estuvo dominado por la posición privilegiada del terapeuta: sin importar si fuera conductista fuera psicoanalista, el terapeuta era la voz por encima del escenario.

Revalorar los significados y la experiencia humana involucrada con ellos fue una reacción al mecanicismo proveniente de la teoría general de sistemas, con lo cual se revaloraba también el lenguaje y la narración y la subjetividad: “Este giro discursivo, semántico y narrativo es propio de toda la psicología contemporánea y, como documentábamos en otro lugar

¹¹ “El interés por el constructivismo en terapia sistémica ha sido documentado ampliamente. Por ejemplo, el monográfico de Marzo de 1982 de Family Process estuvo dedicado a una serie de críticas epistemológicas a la terapia familiar sistémica que invocaban el constructivismo de la obra de Bateson. El monográfico de Septiembre/Octubre de 1988 de The Family Therapy Networker llevaba el provocador lema de ¡Llegan los constructivistas! y en él aparecían contribuciones de algunas figuras capitales del constructivismo en terapia familiar, tales como Karl Tomm, Steve de Shazer” (L. Botella & S. Figueras. s/a. p. 46)

(Botella y Feixas, 1998), ha sido destacado por autores como Bruner (1990) en su denuncia al paradigma del procesamiento de la información...”¹² (L. Botella & S. Figueras. s/a. p. 47)

Si la teoría general de sistemas había aportado un elemento mecánico de peso a la consideración del sistema familiar, la psicoterapia también había contribuido a borrar la voz del cliente, porque, como se dijo arriba, la voz del terapeuta ocupa una posición central, sustentada sobre todo en el modelo médico: “Tanto el psicoanálisis como las terapias conductuales y cognitivo-racionalistas se dirigen a la iluminación del cliente por parte de un terapeuta investido del poder curativo que le confiere su rol, convirtiéndose en manifestación de la ética intelectualista de la Modernidad (K. Gergen & Kaye, 1992)” (L. Botella & S. Figueras. s/a. p. 48).

Han de considerarse ahora los planteamientos de K. Gergen, quien considera cuatro transiciones que caracterizan al concepto de terapia en el marco construccionista. La primera tiene que ver precisamente con los abandonados fundamentos en pos de la flexibilidad. El punto de vista privilegiado, es decir, los fundamentos epistémicos tradicionales, se encuentra en la observación, en el análisis, en la continuada práctica, es decir, en el marco de la metodología empírica. En el construccionismo social, se darán ahí donde se encuentran las convenciones de una comunidad. La terapia abandona el punto de vista privilegiado y se construye desde discursos múltiples.

Del esencialismo a la conciencia de una construcción. La tradición terapéutica se afanó por buscar el otro fundamento, el qué, la causa, el

¹² “También uno de los monográficos de 1991 de la Revista de Psicoterapia (nº 6-7) dedicado a la terapia sistémica evidencia el giro constructivista en artículos de autores como Harlene Anderson, Harold Goolishian, Harry Procter o Valeria Ugazio. El trabajo de esta última es un excelente ejemplo de la tendencia que parece seguir la terapia familiar sistémica recientemente: la relativa desvinculación de la Teoría General de Sistemas y la adopción de conceptos basados en el construccionismo social” (L. Botella & S. Figueras. s/a. p. 47)

problema, la situación; por su lado, el construccionismo hace que estas se deriven de las interpretaciones. Dice Gergen, citando como ejemplo a los teóricos de Millán. “La pregunta circular no presume revelar "lo que existe", sino generar información que haga una diferencia en la manera en que la familia entiende su situación (Selvini- Palazzoli, Boscolo, Cecchin y Pratta, 1980). “ (K. Gergen & L. Warhus. 2003. p. 6).

De la creencia en ser experto a la colaboración. No hay entonces una voz privilegiada que vea el escenario desde una posición iluminada. No hay experto porque toda versión se deriva de interpretaciones compartidas, construidas en el seno de un grupo.

De la neutralidad a la relevancia de valores. No hay algo así como un acto terapéutico objetivo y carente de valoraciones por parte del terapeuta. El trabajo terapéutico está marcado por sus “sesgos” políticos y sociales y no sólo por estos sino por múltiples valoraciones que vienen de la interacción de dimensiones familiares con las dimensiones propias del terapeuta como la cultural. “Así, en lugar de abogar por la neutralidad, asumen sus valores y los hacen su *raison d'être* terapéutico” (K. Gergen & L. Warhus. 2003. p. 7).

Gergen propone además cinco reconsideraciones sobre las prácticas terapéuticas, que son asumidas como dimensiones de cambio.

De la mente al discurso, sea humanista o cognoscitivo, el terapeuta se enfoca en transformar la mente individual, concentrándose en los estados mentales. El construccionista busca en la transformación del discurso, en las convenciones lingüísticas cómo se determinan los aspectos de trascendencia en cada caso.

Del self a la relación. Si se parte del estado mental, del individuo, de la enfermedad, etc., es porque se trae a cuevas la idea del sujeto atomizado

girando en torno a su mente. El construccionismo, partiendo del discurso, se centra en la relación, y ésta, a diferencia de la tradición que separa al sujeto, lo ubica en los marcos de sus relaciones para que estos sirvan de mejor forma en el ejercicio terapéutico

De la singularidad a la polivocalidad. La singularidad tradicional se da desde el método, la posición del terapeuta, la posición del paciente, el marco de análisis etc. El construccionismo aboga por la apertura en múltiples direcciones, desde la del sujeto, hasta la del terapeuta y sus premisas.

De los problemas a la potencialidad futura. Si se es fiel a lo dicho hasta aquí, se debe deducir que, partiendo de la esencialidad, el fundamento, la singularidad, etc., lo importante es detectar como curar a un paciente de una enfermedad o aliviarlo de un problema, diagnosticarlo, encuadrarlo dentro de un discurso. No obstante, también se debe deducir que ese diagnóstico es una manera de interpretar anclada a un lenguaje muy reduccionista por cierto. “El construccionista piensa que el "problema" es tan solo un símbolo lingüístico [una convención lingüística] que puede o no ser utilizado para describir una situación”. En lugar de quedarnos en esos signos, es preferible construir unos que nos hablen del futuro y sus posibilidades. (K. Gergen & L. Warhus. 2003. p. 13).

Del insight a la acción. Evidentemente esta última dimensión tiene un carácter conclusivo: en lugar de quedarse atrapados en la psique del sujeto con sus carencias y sus expectativas de cambio, el construccionismo dinamiza la actividad, la redimensiona: el trayecto no es hacia dentro sino al mundo, al contexto, a las relaciones, a las posibilidades, al encuentro.

El enfoque sistémico: la llegada final.

En el siglo XIX, la ciencia moderna y positiva, de gran prestigio e influencia hasta la fecha, no es del todo ajena a concepciones de la realidad que estaban presentes no sólo en la filosofía moderna, sino que se desarrollaron desde la filosofía antigua, como la aristotélica. Uno de estos conceptos es el de causalidad, más fuerte en Aristóteles que en el propio empirismo, como el de Hume, quien llegó a intentar desmontar el andamiaje epistemológico que daba sustento a dicho concepto y que de hecho cambiaba el valor de las leyes científicas.

La noción de causalidad es crucial en la ciencia. No en vano puede ser considerada como su característica fundamental, sobre la que se articulan las demás. ¿Qué sería de una realidad, por ejemplo, una enfermedad, que es descrita en sus síntomas, pero sin dar cuenta de qué agente la provoca? Por muy sistemática y metódica que fuera la descripción no alcanzaría el estatuto de científico. El conocimiento por causas, haciendo a un lado los antecedentes empíricos de la psicología, es inherente al saber de la ciencia del XIX y esta causalidad se define de forma lineal: esto es causa de aquello, y más aún: esto tiene su origen “ahí”.

En el siglo XX, el cambio epistémico que significa la visión sistémica es de gran dimensión. Se ha hablado ya de las teorías de la complejidad como una gran novedad en la ciencia, pero, por ejemplo, pensadores que intentaron fusionar cristianismo y evolución a principios del XX, como Pierre Teilhard de Chardin, ya daban muestras de una consideración compleja de la realidad y no sólo a nivel positivo sino igualmente metafísico y teológico.

Lo que es indudable es que los no tan antiguos cimientos de la ciencia moderna se veían golpeados. La causalidad lineal se encontraba ante un mundo cada vez más entrelazado, donde todo vuelve sobre sí y, si se dijera en términos filosóficos, no es ya un mundo de sustancias acabadas e independientes: es una totalidad en desarrollo que se ha vuelto inestable también.

Como se sabe, las respuestas que ha dado la humanidad a la enfermedad son reflejo de la visión del mundo. La mentalidad judía, por citar un ejemplo de importante referencialidad, era en tiempos de Jesucristo, una visión del mundo de alta contextualización: los eventos, el contexto, los signos tenían un significado que para el hombre de hoy, que ha pulverizado al mundo hasta dejarlo en nada, puede parecerle hasta supersticiosos. Si esto sucedía en la vida cotidiana, mucho más tratándose de la enfermedad: ¿endemoniado o epiléptico?

La visión en el XIX, que marca el origen de la psicología, es muy distinta y, como se ha visto, en ese surgimiento estaban involucradas investigaciones que remitían quizá sólo vagamente a los antiguos problemas con los que había nacido el pensamiento moderno: la psique había dejado de ser aquella alma inmaterial y ahora tenía ciudadanía en los procesos que involucraban la actividad mental.

Fue así como la búsqueda de las causas que originaban malestar, como la neurosis, se encaminó hacia factores que tenían sus raíces en esa psique y en su funcionamiento. Aunque S. Freud pudo ver al ser humano influenciado por las visiones antropológicas modernas y el mismo se formó en la corriente de la ciencia del XIX, tiene una distinción que es importante: sus conceptos, que dieron paso a toda una tradición en psicología, no pueden entenderse de forma positiva. De hecho, esa es una

de las grandes objeciones positivistas a su sistema: sus constructos teóricos no tienen definiciones operacionales.

¿Por qué viene a colación el célebre S. Freud si lo que se desea es despejar el camino hacia la teoría sistémica? Porque es precisamente desde el psicoanálisis, y desde la cultura y sociedad norteamericanas, que se puede trazar una línea hacia dicha teoría: otras corrientes como el conductismo, se desarrollarían más tarde, con otra metodología involucrada y con poco desarrollo en sus aplicaciones en sus primeros años.

S. Freud fue escéptico y más bien enemigo de las consideraciones familiares: el problema es individual y se aborda ahí en la psique individual y este modelo de atención tuvo vigencia por varias décadas, aunque en Estados Unidos se encontraría con un matiz particular, que ya se ha adelantado aquí: el desarrollo y genio práctico norteamericano bajo la sombra del protestantismo.

Dicho lo anterior, trácese primero una línea desde el propio psicoanálisis para revisar luego algunos factores de la historia norteamericana. G. Feixas (2012) en un trabajo conjunto en la Universidad de Barcelona cita sendos trabajos como pioneros en el intento de abordar la problemática familiar rompiendo las barreras de la concepción intrapsíquica: "El estudio psicoanalítico de la familia", y "The Family as a Social and Emotional Unit" de Flugel y Ackerman respectivamente, ambos trabajos como se dice "dejan ver las limitaciones del modelo psicoanalítico". (G. Feixas. 2012. p. 10)

A. Adler es otro de los psicoanalistas que empieza a romper el molde intrapsíquico, su visión más social del ser humano, el sentimiento de inferioridad ligado a la posición en el orden de los hermanos en la familia, su concepto de beneficio secundario de la enfermedad, "así como la aplicación de técnicas similares a algunas de las sistémicas (reformulación,

intención paradójica, tareas para casa)” (G. Feixas. 2012. p. 10) son rasgos que van abriendo los esquemas trazados por el psicoanálisis.

Y como se afirma en dicho trabajo: “Otros elementos que propiciaron el trabajo con familias de forma más o menos directa lo constituyen los enfoques culturalistas del psicoanálisis, en parte influidos por Adler y ejemplificados por autores como Erich Fromm, Karen Horney, Harry Stack Sullivan. Estos autores atribuyen mucha más importancia que el psicoanálisis clásico al contexto cultural y las relaciones personales actuales del sujeto” (G. Feixas. 2012. p. 10).

Otros de los trabajos citados por G. Feixas y su equipo son principalmente tres, muy pertinentes de considerados. Los primeros son dos trabajos influidos por los culturalistas recién mencionados: Fromm-Reichman en 1948 define su noción de madre esquizofregénica y J. Rosen, en 1953, el de “madre perversa”. Como afirma Feixas: “Ambos derivan de un grupo de autores que revisan el concepto de psicosis en el psicoanálisis en base a una etiología relativamente lineal en la que se sitúa la causa de la psicosis en la relación madre-hijo. Se describe a estas madres como rechazantes y/o sobreprotectoras” (G. Feixas. 2012. p. 11).

Theodore Lidz en 1949 subrayó el papel del padre en pacientes esquizofrénicos, lo cual estaba ausente en los trabajos que recién se citaron. “Aunque su conceptualización siempre intento ser coherente con el psicoanálisis, en los años cincuenta empezaron a observar conjuntamente a las familias y a poner de manifiesto el papel del conflicto conyugal en la patología del hijo esquizofrénico.” (G. Feixas. 2012. p. 11).

John Bowlby, aunque no se enfocó del todo en la familia por ser, como dice Feixas, un todo muy complejo, publicó en 1949 "The Study and Reduction of Group Tensions in the Family". Era ya muy obvio el papel que jugaba la familia en los trastornos personales. Estos trabajos son ejemplos de esa

línea que corre desde el psicoanálisis hasta la teoría sistémica y que se encuentran a caballo entre ambas y varios de sus autores son considerados como pioneros con el trabajo con las familias o, como en el caso de Bowlby, fueron referente importante para ellos.

Como puede verse, desde los trabajos de Freud hasta aquí, fue un lento proceso, marcado también por obstáculos metodológicos propios del psicoanálisis, pero al que pronto los nuevos referentes de la ciencia, de los que se ha hablado en el capítulo anterior, habrían de dar un empuje rotundo y radical, que ayudaría a quebrar el duro caparazón del psicoanálisis.

La otra línea que conviene revisar y que se ha anunciado ya es la línea de la cultura y sociedad Norteamericana. Antes de la aparición de una psicología fuerte, Estados Unidos conoció algo que debe parecer un tanto normal y un tanto extraño: la doctrina del alemán Franz Anton Mesmer, conocida como el mesmerismo y que consistía en una especie de magnetismo animal, basado en energías o fuerzas internas al modo de un fluido magnético que corría en nuestro interior y que podía ser influido y tener influencia por y en otros: la imposición de manos es la imagen con la que se ha de ubicar de forma práctica un tratamiento así.

La Weltanschauung americana que se trasluce aquí, en el mesmerismo llevado a Estados Unidos por Charles Poyen (Paolo Bertrando. 2000. p. 27) es ciertamente sorprendente: hay intrínsecamente bondad en nosotros. Esta bondad puede ser liberada y nos pone ante lo más auténtico de nosotros. Esta autenticidad es privada también, es la del auténtico yo que se reflejará en la prosperidad y el progreso, muy afines a la mentalidad norteamericana, comentada ya, aspectos todos que pasaran casi de manera natural a la Christian Science.

La apertura hacia la liberación, a beber de las fuentes de energía interna se dan tanto a nivel personal como social: la gran abundancia de las tierras norteamericanas generará una proyección al interior de los estadounidenses. La búsqueda de esa prosperidad y esa abundancia serán también búsqueda por los medios terapéuticos que posibiliten la apertura liberadora. “El elemento más interesante al respecto reside en que el Estados Unidos de comienzos de siglo siente un gran deseo, un hambre de lo terapéutico. Y más aún, de un género particular de terapia: abierta, optimista, liberadora. Con el paso del tiempo la psiquiatría podrá permanecer incólume” (Paolo Bertrando. 2004. p. 28).

Hacia finales del XIX, la revolución industrial y la riqueza del territorio americano impulsaran cambios sociales de consideración, junto con las raíces protestantes que ya han germinado hace tiempo. El deber hace también que los individuos volteen hacia sí mismos. Hay un gran movimiento social y económico que envuelve a las conciencias. La misma sociedad se encuentra ante sus necesidades, necesidades de preservarse y de buscar el bienestar común en programas de asistencia social y prevención. “Por otra parte, la sociedad se ha convertido en una sociedad de consumo que ante todo exige a sus habitantes producir y comprar. Incluso los conflictos existenciales, pasarán a formar parte del círculo comercial. Entre los productos que los estadounidenses pueden consumir se encuentran también las distintas terapias” (Cushman. 1995. p. 71. cit. por P. Bertrando. 2004. p. 32).

Y por su parte, la psicología no es ajena a esta sociedad: la psicología americana no puede ser entonces otra cosa que práctica. No obstante, hay tradiciones e influencias que no se pueden ignorar. América pronto sentiría con toda su fuerza los desarrollos de las tendencias europeas. Ante una obra como la de W. James aparecerá también la necesidad del rigor

positivista proyectado en la metodología de los conductistas que de a poco se convertirá en una tradición de enorme influencia, pero igualmente aparecerá después el psicoanálisis.

Hay tres aspectos de la obra de Paolo Bertrando que, con respecto a la psicología americana desde la aparición de la obra de Watson hasta antes del surgimiento de la teoría sistémica, son los más fundamentales y que obviamente estarán en interacción después con los aspectos del psicoanálisis que se han mencionado ya en este capítulo y también con lo que quedará anotado después como fuentes del pensamiento sistémico, a saber, la teoría de sistemas y la cibernética.

Los tres aspectos en cuestión son los siguientes: las causas orgánicas y hereditarias se ven contrastadas por los factores ambientales, pues de hecho ese será un talante de la psicología en Norteamérica, su oscilación. Estos vaivenes se dan entre la biología-naturaleza y el ambiente-cultura. Así, la psicología se ve asimilada, no del y en todo, por la medicina¹³: “la terapia es vista como un conjunto de procedimientos técnicos dirigidos hacia la consecución de un fin” (P. Bertrando. 2004. p. 31.), que acentúa el carácter de consumo que se había anotado anteriormente.

El siguiente punto a considerar son las Child Guidance Clinics, que después de la primera guerra mundial juegan un papel importante en la prevención de enfermedades y trastornos mentales, ahí se da una tarea interdisciplinar entre la asistencia social, la psicología y la psiquiatría. Y

Los problemas de la infancia comienzan a ser vistos en su contexto; por primera vez, los psiquiatras y los psicoanalistas se arriesgan a seguir a la madre y al hijo paralelamente, aunque por separado (del padre no se habla casi nunca, lo cual dice mucho de la cultura de este periodo) [muy en concordancia con los trabajos europeos de

¹³ “El movimiento en pro de la salud mental concedía gran importancia a la prácticas preventivas en materia de higiene mental, asimilando la mente a otros órganos del cuerpo y la psicoterapia a las prácticas higiénicas cotidianas”. (Cushman. 1995. p. 71 cit. por P. Bertrando. 2004. p. 31)

línea psicoanalítica que hemos citado]. Las primeras terapias de familia, y sobre todo la opinión pública, heredan de esos movimientos la idea de que la madre es responsable de la salud mental del hijo. (P. Bertrando. 2004. p. 33)

El tercer aspecto que se debe considerar como fundamental del amplio recorrido que hace P. Bertrando es la acogida del psicoanálisis por parte de numerosos psiquiatras y para la formación de enfermeros. Las clínicas especializadas en psicoanálisis son clínicas que antiguamente ofrecían otros acercamientos o tratamientos al paciente emparentados también con la cultura norteamericana ya señalada: espiritualidad, trabajo, empatía. Y no sólo las clínicas y los psiquiatras se ven influenciados por el psicoanálisis, sino que en los cuarenta los propios psicoanalistas europeos arriban a suelo americano.

Esta llegada de psicoanalistas se da en el ambiente de la guerra y Estados Unidos participará en varias de ellas después de la segunda guerra mundial, dada la polarización del mundo. Aunque no haya avances aún en materia terapéutica para todas las necesidades que surgen, no sólo por parte del psicoanálisis, que aún hoy en día puede parecer de lentos resultados, sino del lado médico y conductual y no sólo a causa de la guerra, sino por una sociedad cada vez más estresada y tecnificada, el sello norteamericano de solicitar atención terapéutica sigue en pie y es así que otras corrientes psicoterapéuticas surgen en los 50's.

“Esta situación caracterizada por un desfase entre una gran demanda social y la pobre oferta existente (como decíamos irreplicable ahora que existe tal multitud de formas de tratamiento), propició el surgimiento de nuevos enfoques de la psicoterapia. De hecho, puede argumentarse que en la década de los cincuenta se puso la primera piedra de los modelos humanista, cognitivo y, por supuesto, el sistémico” (G. Feixas. 2012. p. 13).

Se ha hecho confluír dos líneas que son indispensables para entender el ambiente y necesidades en los cuales aparece el modelo sistémico. Por otra parte, las pautas determinadas por los nuevos enfoques de la ciencia en general, mencionados en el capítulo anterior, van aportando igualmente la atmósfera y el nuevo “espíritu” que guía las inquietudes teóricas y prácticas, y que de ninguna manera pueden aparecer como un cambio repentino.

Si se recuerda la exposición sobre el declive de Roma y el paso a la naciente Edad Media, o de ésta al Renacimiento, puede resultar más fácil entender el surgimiento del modelo sistémico. Las premisas *imperantes* en la ciencia moderna, la de la causalidad lineal, por ejemplo, van cediendo aquí y allá ante las conclusiones dadas por los nuevos hallazgos y las nuevas teorías y sus interpretaciones.

Aparece un nuevo ambiente y situaciones cada vez más difíciles de resolver, hay nuevos retos. Llega un oleaje que trae con fuerza las nuevas premisas y en cada lugar, dependiendo sus propios desarrollos, sus investigadores, sus inquietudes, *sus viejos moradores*, surgen propuestas específicas que proponen nuevas soluciones y nuevos enfoques. Se hace una adaptación ante los nuevos panoramas y se adoptan las nuevas premisas, que a su vez exigen y promueven nuevos desarrollos.

Lo sistémico nace así, por focos, por puntos de ebullición: son brotes progresivos en América y Europa, y surgen bajo el techo de influencias, de retroalimentaciones, de la interdisciplinariedad. Los metabolismos son variados y se dan en Estados Unidos, en un suelo con todas las condiciones que descritas y con otras hechas a un lado, como las exigencias que surgen alrededor de un sistema escolar creciente y complejo, en una sociedad pragmática, desarrollada y ávida de resultados.

El modelo sistémico se empieza a delinear primera e importantemente en la familia y son varios los científicos que son nombrados referentes en los inicios de la atención familiar. I. Ochoa de Alba (1995. p. 15.) afirma que J. Bell reivindicó para sí el haber acuñado el término “terapia familiar”. J. Bell trabajaba en Massachusetts, era profesor ahí. Por su parte, el Instituto Bateson en su sitio electrónico¹⁴, afirma que “se le puede llamar el padre de la terapia familiar moderna”. J. Bell conoció el ya citado trabajo "The Study and Reduction of Group Tensions in the Family" y, como afirma Roberto Pereira, viajó a Londres donde discutió este trabajo, entendiendo, quizá paradójicamente, que la atención debía realizarse con toda la familia e inicia dicha atención en la década de los 50. (R. Pereira. 1994. p. 1).

Se ha citado igualmente el trabajo de Nathan W. Ackerman, de formación psiquiátrica y psicoanalítica quien terminaría fundando tanto la conocida revista “Family Process” con Don Jackson en 1962 y el Instituto de la Familia en New York, el cual brinda atención sistémica familiar en actualidad y es conocido desde 1971 como el Instituto Ackerman. Este psiquiatra, que nació en suelo ruso, es considerado como “el primero en incluir en su enfoque terapéutico, otorgándoles la misma importancia, los conceptos intrapsíquicos e interpersonales” (I. Ochoa de Alba. 1995. p. 15.). Es conveniente citar las palabras de Ackerman citado por L. Domicini “Es muy importante un contacto emocional significativo con todos los miembros de la familia para crear un clima en el que se estimule realmente a las personas y ellas respondan”.¹⁵ (L. Domicini. 2003. p. 3.)

Otro psiquiatra, Murray Bowen, también de formación psicoanalítica, al igual que Ackerman, fue a través de la atención con niños con problemas que terminó enfocando la esquizofrenia en ellos, atendiendo al mismo

¹⁴ <http://www.institutobateson.edu.mx/contenido/historia-de-la-psicoterapia-sistemica>

¹⁵ Según L. Domicini, Ackerman opinaba que las metas de su trabajo iban más allá de resolver síntomas, también incluía favorecer el funcionamiento familiar, la felicidad individual y prevenir el estrés futuro.

tiempo a la familia, lo cual fue llevado a cabo desde el año 1954 en el National Institute of Mental Health (NIMH). “Las familias eran observadas continuamente por un equipo de 20 personas, entre psiquiatras, asistentes sociales y enfermeras, en turnos de ocho horas, siete días a la semana. En principio se proporcionaba diferentes terapias individuales para los diversos miembros de la familia, pero progresivamente el modelo fue derivando, de manera inevitable, a la terapia familiar conjunta”. (R. Pereira. 1994. p. 4.).

Ivan Boszormenyi-Nagy también psiquiatra y psicoanalista, trabajó con psicóticos como los psiquiatras mencionados anteriormente y fundó el Family Institute of Philadelphia. A diferencia de los anteriores, propuso un enfoque muy particular para la terapia que involucraba aspectos éticos, y como en el caso de Ackerman, también se integró en su aproximación lo intra y lo extra psíquico.

En sus inicios, G. Bateson tuvo formación como zoólogo y después se interesó por la antropología que estudió en Cambridge. Viaja por diversos lugares como Nueva Guinea. Ahí, en el año de 1936, conoce a Margaret Mead, su futura esposa.

En 1936 se lleva a cabo el famoso viaje a Bali, donde G. Bateson y Mead, su esposa, son testigos del caso de madres que establecen un patrón que más tarde se denominara de doble vínculo, y que será característico de las familias con pacientes esquizofrénicos. Estas madres en Bali eran incongruentes en sus patrones comunicativos buscaban a sus hijos pero terminaban ignorándolos. G. Bateson, a propósito de estos viajes, decide consultar a Milton Erickson, quien le hará ver que en los fenómenos de trance observados por él y su esposa en Bali, intervienen factores interaccionales, lo cual repercutió en su visión de la esquizofrenia.

De hecho, ya cuando esté constituido el equipo de Palo Alto habrá de recurrir a M. Erickson en varias ocasiones: “Estamos prestando considerable atención a la hipnosis. Innumerables fenómenos que aparecen como síntomas esquizofrénicos —alucinaciones, delirios, alteraciones de la personalidad, amnesias, etc.—, pueden aparecer temporalmente en sujetos normales hipnotizados”. (Bateson, Jackson, Haley, y Weakland. 1956. p. 49)

En 1942, en la Conferencia Macy, G. Bateson conoció dos científicos de quienes recibirá gran influencia: Norbert Wiener, fundador de la cibernética y John Von Neumann, desarrollador de la teoría de los juegos. Para 1951, Bateson publica *Comunicación: La matriz social de la psiquiatría* que es una obra donde ya se abandonan conceptos provenientes del psicoanálisis y se le da paso a procesos comunicativos e interaccionales.

Ya completamente dentro de lo que será la línea que definirá su trabajo, G. Bateson inicia en 1952 una investigación que aborda procesos de clasificación de mensajes asociados a juegos paradójicos en la comunicación. En 1954, invita a D. Jackson a colaborar con él y desarrollan la teoría del doble vínculo, que, como se ha expuesto, era algo en lo que G. Bateson ya tenía antecedentes.

El artículo producto de la investigación sobre doble vínculo se publicaría para el año de 1956 en la revista *Behavioral Science* y tendría como título “Hacia una teoría de la Esquizofrenia”. En el colaboraron también Haley y Weakland, quienes se unirían al grupo de D. Jackson en 1962 una vez concluido su trabajo con G. Bateson. Este artículo sería en su momento también de gran influencia para los del grupo de Millán.

D. Jackson es otro de los personajes principales en la historia del modelo sistémico. No sólo por su rol dentro del grupo de Palo Alto, sino que, como

G. Bateson y otros, desarrolló una importante labor antes de la fundación del grupo. La historia de esta labor es en buena medida el antecedente o el preámbulo para entender a tal grupo: normalmente la historia de algunos hombres es la historia de las instituciones.

D. Jackson también era psiquiatra y psicoanalista, y había estado bajo la influencia de Sullivan, pero, como ha sido una constante, se distancia de los conceptos psicoanalíticos, dejando el rol intrapsíquico a un lado, como lo haría Sullivan y enfocándose en las relaciones interpersonales con base en los factores comunicacionales.

Fue conocido por sus futuros colaboradores en 1954, a raíz de una conferencia que dará éste en el Hospital de Veteranos sobre la homeostasis familiar en el congreso de la American Psychiatric Association con un trabajo titulado precisamente “The Question of Family Homeostasis”. G. Bateson lo invita a trabajar con él y ese mismo año, como se ha hecho mención al hablar de G. Bateson, se asocia a éste y desarrollan la teoría del doble vínculo, observado en mensajes que contienen una contraposición paradójica y que es típico en personas esquizofrénicas.

Al observar procesos homeostáticos en la familia, se dio cuenta que hay una tendencia por indexar incuestionablemente a uno de los miembros, haciendo de ésta situación un factor del equilibrio familiar. Si este equilibrio se rompiera por una mejoría, entonces aparecería otro problema para dar equilibrio, resistiéndose el sistema al cambio, como lo hubiera explicado el psicoanálisis en la versión intrapsíquica.

D. Jackson fundó en 1959 el Mental Research Institute (MRI) que de alguna forma daría continuidad al trabajo que se había realizado en el Hospital de Veteranos. El MRI se instaló en el mismo edificio donde estaba instalado el grupo de G. Bateson, quien, a pesar de ser invitado al grupo,

no se unió al mismo por estar comprometido en otra investigación también en el área comunicativa, aunque si lo haría su esposa.

El grupo inicial de investigadores lo constituyeron D. Jackson, Virginia Satir y Jules Riskin. P. Watzlawick se unió hasta 1961. Haley y Weakland lo harían un año después de éste. Con los antecedentes que se han dado, es fácil comprender que el grupo se centraría en aspectos relacionales al interior de la familia: “Sus integrantes asumen que los problemas psiquiátricos derivan de los modos en los que la gente interactúa dentro de la organización familiar [...] la terapia ha de operar con las interacciones, con las conductas observables...”¹⁶ (I. Ochoa de Alba. 1995. 17).

Las principales líneas teóricas, o influencias, que tienen peso en las concepciones terapéuticas del grupo son las siguientes.

Comunicacionales

La obra *Pragmática de la comunicación humana* trata “sobre los efectos pragmáticos, en la conducta, de la comunicación humana y en particular en la conducta patológica.” (P. Watzlawick. 1983. p. 17). En esta obra están igualmente presentes premisas de otros campos, como los propios de la teoría de sistemas: importa no sólo el efecto sobre el receptor, sino el efecto que la propia emisión con la subsecuente reacción del receptor tendrá sobre el emisor.

Los axiomas comunicativos postulados en esta obra son los siguientes “No es posible no comunicarse.” (P. Watzlawick. 1983. p. 52). Es decir es

¹⁶ “Cada uno de los componentes del MRI conceptúa la interacción humana de forma distinta y sus estrategias de tratamiento también son diferentes. Así D. Jackson, Watzlawick y Haley, a pesar de sus diferencias, coinciden en centrarse en el contenido manifiesto, utilizan los principios de la cibernética, juzgan irrelevante la historia familiar e intentan facilitar el cambio por medio de intervenciones terapéuticas cuidadosamente planificadas, en absoluto relacionadas con el insight. Por el contrario, Satir, aunque fundamenta su teoría en la teoría de la comunicación, también lo hace en la psicología del yo y en los principios de la Gestalt, empleando un enfoque educativo basado en el insight.” (I. Ochoa de Alba. 1995. 17).

imposible la no conducta. Todo acto es comunicativo: sea el silencio, como en el caso del esquizofrénico, que se comporta como evadiendo el compromiso de la comunicación; sean las palabras, siempre comunicamos.

“Toda comunicación tiene un aspecto de contenido y un aspecto relacional, tales que el segundo clasifica al primero y es, por ende, una metacomunicación.” (P. Watzlawick. 1983. p. 56.). Así, los actos comunicativos tienen dos niveles: el referencial y el conativo. El primero está constituido por lo que explícitamente se dice, por el contenido de la emisión; el segundo, por el tipo de mensaje que es y la relación implícita que establece entre los comunicantes y es ahí donde se da el hecho metacomunicativo, al ser una comunicación que dice algo de sí misma y de los comunicantes: “El primero transmite datos de la comunicación y el segundo como debe entenderse dicha comunicación.” (P. Watzlawick. 1983. p. 55). Un ejemplo de mensajes de este tipo se puede ver en una esposa que arremete a gritos sobre su marido y le dice: “No tienes que gritar, te estoy escuchando”

“La naturaleza de una relación depende de la puntuación de las secuencias de comunicación entre los comunicantes” (P. Watzlawick. 1983. p. 60.). La puntuación se refiere al establecimiento y organización de patrones de interacción o intercambio de mensajes, lo cual puede constatarse en el ejemplo que proporciona P. Watzlawick en el cual un marido se retrae por los regaños de su mujer, pero ésta afirma regañarlo por ese retraimiento.

“Los seres humanos se comunican tanto digital como analógicamente. El lenguaje digital cuenta con una sintaxis lógica sumamente compleja y poderosa pero carece de una semántica, adecuada en el campo de la relación, mientras que el lenguaje analógico posee la semántica pero no una sintaxis adecuada para la definición inequívoca de la naturaleza de las relaciones” (P. Watzlawick. 1983. p. 68).

Si se lleva a cabo un símil ya sea con una computadora o con los propios procesos neurológicos, se ve como los estímulos o bien la energía recibida y transmitida son traducibles a una información precisa. En la vida humana, esta digitalización es crucial porque es la que está por detrás del sostenimiento de una cultura a través del conocimiento y el saber; por su parte, lo analógico no responde a dicha precisión, comunica y transmite, pero es de otra índole: son las tonalidades, los gestos, los signos de estado de ánimo, los movimientos. En cuanto a su carácter comunicativo, estos hablan de la relación misma entre los comunicantes. En términos de la relación misma, el lenguaje digital termina teniendo poco o nulo significado.

"Todos los intercambios comunicacionales son simétricos o complementarios, según que estén basados en la igualdad o en la diferencia" (P. Watzlawick. 1983. p. 70). En la primera relación hay una tendencia a la igualdad y las diferencias son mínimas; en la segunda estas diferencias son mucho mayores hasta un grado máximo. En la relación simétrica hay una proclividad al equilibrio sea cual sea el punto de referencia; en la relación complementaria hay superioridad e inferioridad.

Sistémicos

Por su parte la teoría general de sistemas aporta un importante campo teórico a la psicología cuando esta luchaba por abandonar, como se ha visto, la causalidad lineal e intrapsíquica proveniente en psicología sobre todo de la corriente psicoanalítica, pero en general del paradigma dominante en la ciencia.

Los conceptos más importantes provenientes de la teoría de sistemas establecida canónicamente por L. Bertalanffy, en su obra *Teoría General de Sistemas*, son los siguientes:

Totalidad: un sistema no puede entenderse estudiando cada una de sus partes y haciendo una adición. Un sistema es una unidad distinta a la simple sumatoria de sus partes. El todo, o cada sistema en cada caso, adquiere características específicas sujetas a leyes que se aplican a los sistemas en general. Es pues diferente a sus partes y debe estudiarse como un todo organizado. “La teoría general de los sistemas es una ciencia general de la totalidad, concepto tenido hasta hace poco por vago, nebuloso y semimetafísico” (L. Bertalanffy. 1989. p. 37). De hecho, una vez concebido el sistema o la totalidad las otras características le son inherentes, y, dadas éstas, un sistema queda concebido como una unidad que se constituye como una complejidad.

La consideración de un todo como diferente a la suma de sus partes involucra una nueva noción de causalidad, que se denomina causalidad circular. Si la ciencia había hecho énfasis en la comprensión de objetos desde una causalidad lineal, involucrando variables en una dirección, con la teoría de sistemas se introducen la complejidad y las relaciones múltiples, con direccionalidad múltiple también. Aquí se puede ver con claridad la influencia de la teoría general de sistemas en la pragmática de la comunicación, como se indicaba arriba: el emisor es siempre receptor y propiamente no hay un principio específico, en el círculo todos los puntos son idénticos.

De esta forma, si se tiene totalidad y circularidad, se tendrá retroalimentación: “...el mantenimiento homeostático de un estado característico o la búsqueda de una meta basada en cadenas causales circulares y en mecanismos que devuelven información acerca de desviaciones con respecto al estado por mantener o la meta por alcanzar.” (L. Bertalanffy. 1989. p. 46). Es evidente que el corazón de esta definición dada por L. Bertalanffy es la “devolución”, sin la cual el circuito causal no

quedaría establecido. Así, hay algo que regresa con base en algo que se ha realizado siempre en función de un estado o meta.

La equifinalidad se refiere a la “tendencia a un estado final característico a partir de diferentes estados iniciales y por diferentes caminos, fundada en interacción dinámica en un sistema abierto que alcanza un estado uniforme.” (L. Bertalanffy. 1989. p. 46). En otras palabras, en un sistema, una vez establecido un proceso, o un sistema, éste se encaminara a un fin sin la consideración de donde haya iniciado. Puede lucir simple, pero terapéuticamente lleva a la no consideración de un momento genésico, pues tal “causa” es irrelevante. La equicausalidad, por su parte, significa que partiendo de un estado particular se pueden alcanzar estados diferentes, en función precisamente de la naturaleza del proceso.

Cibernéticos

G. Bateson da una idea que puede servir como inicio en los asuntos cibernéticos: “Nuestra explicación (para ciertos objetivos) recorrerá una y otra vez estos circuitos. En principio, si usted quiere explicar o comprender algo de la conducta humana, se encontrará siempre ocupándose de circuitos totales, circuitos completos. Este es el pensamiento cibernético elemental” (G. Bateson. 1991. p. 489)

Evítese pues toda posibilidad de confusión: es que a lo que hoy se refiere como cibernético sería en todo caso un ejemplo de ello y nada más. La cibernética versa sobre la pauta y la organización (B. Keeney. 1987. p. 77). Las maquinas cibernéticas son un caso de pauta y organización: “Así, la máquina constituye un caso particular en la cibernética, en el cual ocurre que una pauta está corporizada en algún "equipo" o "soporte material" [hardware]. (B. Keeney. 1987. p. 79).

De la misma forma que la teoría general de sistemas no hace distinción en el tipo o naturaleza de estos, la cibernética opera en un orden epistemológico en el que las ciencias y la física misma quedan más bien incluidas dentro de ella:

“La cibernética comenzó por estar íntimamente asociada, de múltiples maneras, a la física, pero no depende en ningún sentido esencial de las leyes de la física o de las propiedades de la materia. La cibernética se ocupa de todas las formas de conducta... La materialidad carece de importancia, como también que se apliquen o no las leyes ordinarias de la física. Las verdades de la cibernética no dependen de que se las derive de alguna otra rama de la ciencia. La cibernética posee sus propios fundamentos (pág. 1; el subrayado es del original).” (B. Keeney. 1987. p. 78).

Fueron N. Wiener y A. Rosenblueth los que desarrollaron las ideas cibernéticas, que, a decir del propio G. Bateson, constituyen una verdadera transformación epistemológica. En terapia, la cibernética de primer orden fue la que conocieron los “formadores” del modelo sistémico, aunque la cibernética de segundo orden, apoyada también en las ciencias físicas, daría paso a un cambio fundamental en la historia de la terapia.

La transformación epistemológica postulada por G. Bateson y que tendrá influencia en el grupo milanés, involucra la concepción del sistema cibernético como mente¹⁷ y esto será de capital importancia:

El sistema cibernético elemental con sus mensajes en circuito es, de hecho, la unidad más simple de la mente; y la transformación de una diferencia que recorre un circuito es la idea elemental. Hay sistemas más complicados que acaso merezcan más ser llamados sistemas mentales, pero en esencia, eso es lo que estamos considerando. Toda unidad que presente el rasgo de actuar mediante el ensayo y el error será denominada legítimamente un sistema mental. (G. Bateson. 1991. p. 489)

¹⁷ “Llegamos así a una imagen de la mente como sinónima del sistema cibernético, es decir: la unidad total pertinente que completa el procesamiento de información y el ensayo y el error. Y sabemos que en el seno de la mente entendida en el sentido más amplio habrá una jerarquía de subsistemas [una red de circuitos], a cualquiera de los cuales podemos llamar una mente individual.” (G. Bateson. 1991. p. 490)

Una pregunta interesante que se debe hacer es por qué además de la teoría general de sistemas, se incluye o se desarrolla una cibernética, si en términos generales operan ambas sobre sistemas. Según Bertalanffy, su tema, el de la teoría general, “es la formulación de principios válidos para sistemas en general, sea cual fuere la naturaleza de sus elementos componentes y las relaciones o fuerzas reinantes entre ellos.” (L. Bertalanffy. 1989. p. 37). La cibernética por su parte versa sobre la pauta, no sobre el sistema en tanto sistema, sino en tanto pautado. “La idea primordial que dio origen a la cibernética es que hay una pauta organizadora de los procesos físicos y mentales” (B. Keeney. 1987. p. 80).

Con lo anterior se ve que en la cibernética hay una particularidad propia. Es la pauta, en la especificación y mantenimiento, o no, de formas de definición, relación y organización, la que importa. Al quedar definidos de una cierta manera, la pauta indica el cómo de la relación entre los elementos y da el patrón de organización e intercambio de estos en su ritmo y dinamismo. La organización que le importa a la cibernética es la circular, porque su recursividad, es decir, su volver sobre sí, deja ver de hecho la naturaleza misma de la pauta.

Visto así, no es de extrañar que el principal concepto de la cibernética sea el de retroalimentación. “La idea básica de la cibernética es la de "retroalimentación", que Wiener (1954/1967) definió así: La retroalimentación es un método para controlar un sistema reintroduciéndole los resultados de su desempeño en el pasado. Si estos resultados son utilizados meramente como datos numéricos para evaluar el sistema y su regulación, se tiene la retroalimentación simple de los técnicos de control. Pero si esa información de retorno sobre el desempeño anterior del sistema puede modificar su método general y su pauta de desempeño actual,

tenemos un proceso que puede llamarse aprendizaje. (B. Keeney. 1987. p. 84).

Otro de los conceptos fundamentales de esta primera cibernética que influyeron en los investigadores de Palo Alto son homeostasis, que no hace por cierto alusión a un estado estático por permanecer igual, sino a un estado siendo como es. “La cibernética nos sugiere, en consecuencia, que "puede entenderse todo cambio como el empeño por mantener una cierta constancia, y puede interpretarse que toda constancia se mantiene a través del cambio" (G. Bateson, citado en M. Bateson, 1972, pág. 17).” (B. Keeney. 1987. p. 85).

The Millán Approach

Se ha hecho hasta aquí un recorrido que ha dejado ver el surgimiento del modelo sistémico, paradigmáticamente ubicado en California, Estados Unidos, aunque, como se ha ejemplificado, va desarrollándose en diferentes lugares con rasgos y personajes particulares.

Este recorrido ha dejado ver también la confluencia de varios factores: el desarrollo de inquietudes al interior del psicoanálisis europeo y su influencia posterior en la psiquiatría norteamericana, las propias condiciones económicas, sociales y culturales de los Estados Unidos, su historia, y, por otra parte, la aparición de nuevas teorías en distintas áreas del saber, como la referente a la comunicación humana, y la consideración progresiva de nuevos marcos de referencia en las ciencias.

Con anterioridad, se habían discutido los significados e implicaciones de lo que la modernidad y posmodernidad significaban en un sentido amplio, para después referirlas específicamente a la ciencia y concretamente a la psicología, lo cual brindaba el escenario para poder acercarnos a los aspectos enumerados en el párrafo anterior, cuya génesis y desarrollo se dan en los siglos XIX y XX. Estos son los siglos marcados por la aparición de la crisis al interior de la modernidad.

Se ha descrito pues el terreno que vio germinar la semilla del pensamiento sistémico, el cual tendrá una nueva e importante versión justamente a partir de las ideas del grupo de Palo Alto, y que se conoce internacionalmente por su denominación anglosajona como *The Millán Approach*. Si se quiere definir muy ampliamente, éste fue también, al modo americano, el encuentro entre la corriente psicoanalítica que se desarrollaba y las nuevas ideas aportadas por el grupo americano en cuestión.

Mara Selvini Palazzoli organizó en Millán el Centro de Estudios de la Familia en 1967, el centro contaría con la participación de L. Boscolo, Gianfranco Cecchin, Giulana Prata. Como lo dicen el propio L. Boscolo y P. Bertrando (2005. p. 224), desde este año, 1967, a 1971, el grupo tiene una orientación de tipo psicoanalítica, pero sus inquietudes los habrían de llevar hacia otros caminos dado que en el centro se brindaba terapia familiar.

En 1997, se celebró el 25 aniversario de The Millán Approach, organizado según dice D. Campbell (1999. p. 76) por uno de los propios fundadores: Luigi Boscolo. Esta referencia ubica 1972 como la fecha del origen del modelo, dado que se tiende a ubicar genéricamente dichos inicios en los primeros años de esa década, en los que ciertamente hay una reorganización del grupo inicial en 1971, pues al grupo original, enumerado arriba, se le habían unido otros miembros que finalmente se separaron.

Es precisamente una obra proveniente del Mental Research Institute en Palo Alto, *Pragmática de la comunicación humana*, que, como se ha dicho, Watzlawick, Beavin y Jackson publicarían en 1967, la que llegaría al grupo de Millán e influiría con fuerza para que se modificara el derrotero del grupo.

Ya se han visto las premisas comunicacionales del enfoque sistémico. Estos axiomas comunicacionales se desarrollan en esta obra refiriéndolos al tópico de la esquizofrenia. Así, los miembros de la escuela de Millán tuvieron contacto con muchas de las afirmaciones de G. Bateson, a quien se le cita en numerosas ocasiones.

G. Bateson había publicado junto con D. Jackson un trabajo en 1956: "Hacia una teoría de la esquizofrenia". Este trabajo es citado por Watzlawick (1983. p. 101) y en él está presente la teoría del doble vínculo

de G. Bateson, pero además también se explicita la teoría de los tipos lógicos de B. Russell que había servido de referente a G. Bateson tuvo sus primeros acercamientos al fenómeno en sus investigaciones en África.

La tesis central de esta teoría sostiene que existe una discontinuidad entre una clase y sus miembros. La clase no puede ser un miembro de sí misma, ni uno de los miembros puede representar a la clase porque el término usado para la clase es de nivel de abstracción distinto de los términos empleados para los miembros. La hipótesis de G. Bateson y colaboradores muestra que en las relaciones humanas esta discontinuidad a menudo no es respetada, generando de esta manera paradojas de tipo russelliano con consecuencias patológicas. Esto llevó a la formulación de la teoría del doble vínculo (double-bind) como comunicación paradójica observada con la mayor frecuencia en familias con pacientes esquizofrénicos. (M. Selvini. 2010. p. 13)

Es muy importante el desarrollo de los axiomas comunicacionales que se hace en *Pragmática de la comunicación humana*, donde además se presenta la teoría de los sistemas de V. Bertalanffy (p. 123), explicada también aquí en el capítulo anterior:

La estabilidad de los sistemas abiertos se caracteriza por el principio de equifinalidad, esto es, en contraste con los sistemas de equilibrio de los sistemas cerrados, que están determinados por las condiciones iniciales, el sistema abierto puede alcanzar un estado independiente del tiempo y también de las condiciones iniciales y determinado tan sólo por los parámetros del sistema. (V. Bertalanffy.1983. p. 123)

Con los factores mencionados, el pasado psicoanalítico abría paso a un presente sistémico. Así la interacción familiar empujaba a una aproximación donde esos aspectos interaccionales y comunicativos, casi siempre paradójicos, o sin salida, se consideraran cada vez más lejos de la óptica psicoanalítica. “Finalmente, esta nueva epistemología permite superarlos dualismos cartesianos que son un obstáculo, en lugar de un avance, para el progreso. Si se reflexiona acerca de que en un circuito sistémico cada elemento está inserto e inter-acciona con su totalidad, las dicotomías orgánico-psíquico o consciente-inconsciente pierden su significado.” (M. Selvini. 2010. p. 14).

La familia, y más propiamente su interacción sostenida por una comunicación deficiente, sustituían el andamiaje intrapsíquico de la visión anterior. Como se afirmará en *Paradoja y contraparadoja*:

“La hipótesis arriba descrita implica en los terapeutas un cambio epistemológico, en el sentido original del verbo griego epistamai, que significa ponerse en posición ventajosa para observar mejor cualquier suceso. El cambio consistiría en el abandono de la visión mecanicista-causal de los fenómenos —que ha dominado la ciencia hasta hace poco— para adquirir una visión sistémica.” (M. Selvini. 2010. p. 10)

La influencia de G. Bateson no se dio de forma exclusiva con la obra mencionada. A casi 20 años de la publicación de su trabajo “Hacia una teoría de la esquizofrenia”, G. Bateson publica en 1975 “Steps to an ecology of mind”. Con la lectura de esta obra y su asimilación se establecen un nuevo giro.

“Tal toma de conciencia la debemos particularmente a dos obras fundamentales: una, de Gregory Bateson, Steps to an ecology of mind, y otra de Harley Shands, The war with words, de las que citaremos seguidamente algunos párrafos sobresalientes. El reflexionar respecto de esas obras nos estimuló para realizar el esfuerzo, en verdad nada pequeño, de cambiar nuestra epistemología por otra, más correcta, que nos permitiera inventar una metodología terapéutica adecuada” (M. Selvini. 2010. p. 60)

Como dicen L. Boscolo y P. Bertrando: “El modo de pensar y trabajar cambió drásticamente. El intento consistía en transferir la epistemología cibernética de G. Bateson a la práctica clínica. El pensar en modo sistémico para actuar de modo sistémico.” (L. Boscolo y P. Bertrando. 2005. p. 225). En la primera cibernética, si se recuerda, la del “sistema observado”, había presente un observador distante de “la entidad observada”. (L. Boscolo. 2005. p. 224), aunque ya se anunciaba un cambio epistemológico, en la obra *Paradoja y contraparadoja*, que el grupo de Millán publica también en 1975, y donde se exponían los estudios y avances con familias con un miembro esquizofrénico, encuadrándose su trabajo dentro de la primera cibernética.

Hay una precisión que realiza L. Boscolo muy valiosa para continuar delineando el perfil del trabajo del grupo dentro de esta primera cibernética, de la cual se distanciarían en unos años. G. Bateson se acercaba cada vez más a “un pensamiento sistémico puro”: “La distinción entre mapa y territorio, las categorías lógicas del aprendizaje, el concepto de mente como sistema y sistema como mente, la noción de epistemología cibernética y la introducción de la semántica asumieron un papel central” (L. Boscolo 2010. p. 225) Según afirma este miembro del grupo la aplicación de estas ideas los condujo a un nuevo método y fueron postulados ya en 1975 tres principios: Hipotetización, circularidad y neutralidad.

“Hypothesizing, circularity, neutrality: Three guidelines for the conduct of the session” se publicaría en 1980, que para muchos es el año de separación del grupo por parte de Selvini y Prata, aunque el propio L. Boscolo afirma que fue en 1979 cuando abandonan el centro. De cualquier forma, es un hecho que este trabajo es el último que realizan juntos. Los tres principios desarrollados se presentan aún dentro del marco de la primera cibernética, sobre todo el de neutralidad. ¿En qué consisten estos?

“Por circularidad, entendemos la capacidad del terapeuta de conducir su investigación basándose en las retroalimentaciones (...) y las informaciones solicitadas en términos de relaciones, es decir, en términos de diferencia y cambio” (Selvini-Palazzoli y cols., 1980). Es decir, la circularidad es inherente a la aproximación terapéutica dado que el sistema se sostiene de esa forma: ni la causalidad ni las relaciones al interior del sistema son lineales ni estáticas.

La hipótesis por su parte juega un papel muy particular en consonancia con el modelo sistémico:

Todo lo dicho hasta aquí ayuda a demostrar el valor predominante funcional de la hipótesis. Esta, como tal, no es ni verdadera ni falsa, sino sólo más o menos útil. Incluso una hipótesis que luego resulta errada aporta de algún modo informaciones, por cuanto permite excluir una determinada cantidad de variables que habían parecido posible. Por su función orientadora de la experiencia, la hipótesis ocupa una posición central entre los medios que se dispone para organizar el trabajo de investigación. Su función esencial es, pues, la de proporcionar una guía para obtener nuevas informaciones que la confirmarán, refutarán o modificarán. (M. Selvini. 1990. p.339)

La neutralidad fue una exigencia por la forma de aproximarse al sistema, y he aquí el punto. La aproximación del terapeuta es hacia el sistema, con sus pautas comunicativas y de relación. Al no formar parte del mismo, y ver desde afuera esa caja negra que es el sistema familiar, asumiendo también que no hay un punto focal genético del problema, sino que se encuentra en la interacción misma, la neutralidad es una exigencia que el propio “sistema observado” impone sobre su observador. “Por neutralidad del terapeuta entendemos el efecto pragmático concreto que la totalidad de sus conductas, durante la coordinación de la sesión, ejercen en la familia (y no su actitud intrapsíquica). [...]Pero a lo largo de la sesión, el resultado final de la suma algebraica de las alianzas siguientes será cero. (M. Selvini. 1990. p. 351)

Dados estos principios básicos el grupo contó con técnicas en consonancia con los mismos. De hecho, si uno estuviera ante la tarea de conocer el sistema familiar, conociendo el juego recursivo que dinamiza las relaciones, se estaría ante el reto de cómo conocer dicho sistema. Las preguntas o interrogatorio circulares son la forma más ad hoc para llevar a cabo la tarea. ¿En qué consisten? En preguntar a un miembro de la familia sobre algún tópico específico de otro u otros miembros y proseguir con preguntas de la misma índole a otro miembro, que podrían tratarse, por ejemplo, sobre qué piensa sobre la respuesta que se ha dado a la pregunta anterior.

Estas preguntas circulares ayudarían desde un primer momento a plantear la hipótesis, ya que ésta debe hacerse y formularse de forma sistémica, no-lineal. La propia hipótesis al no ser una afirmación contundente, cosificada, puede ir reformulándose pues su función no es la de una afirmación que ha de ser “comprobada”, sino de ser útil para conocer el sistema y así debe ser formulada, considerando siempre todo el sistema, la hipótesis es sistémica y es siempre tentativa y temporal, como lo son las preguntas circulares en su cambio y reconsideración:

Para profundizar aún más este proceso, se puede decir que la información que obtiene el terapeuta con las preguntas circulares es recursiva: ya sea para los clientes o para el mismo terapeuta, quienes a través de estas preguntas, escuchan y cambian constantemente su propia comprensión sobre la base de la información que ofrece el otro. Las preguntas circulares traen consigo noticias de diferencias, nuevas conexiones entre las ideas, significados y comportamientos. Estas nuevas conexiones pueden contribuir a cambiar la epistemología, en otras palabras, las premisas personales, los asuntos inconscientes (Bateson, 1972) de los miembros de la familia. (L. Boscolo 2010 p. 234)

La connotación positiva es una valoración que el terapeuta ofrece o pone sobre la mesa para hacer entrar al sistema una reconsideración sobre algún problema o conducta sintomática al interior de la familia. Lo que hará específicamente el terapeuta será calificar adecuada o positivamente una situación que ha estado presente enturbiando al grupo, lo cual generará un cuestionamiento o una paradoja en el mismo, contribuyendo a que se considere de otra forma al o a los miembros señalados, o a toda la familia si fuera el caso.

Intervención paradójica: en el problema familiar, como se ha dejado ver, considerando siempre las líneas comunicacionales y de la pauta, establecen lazos que se tornan paradójicos y doblevinculantes. El terapeuta va a proponer una reconsideración sobre esta situación, haciendo ver la función que ha cumplido el síntoma en el equilibrio familiar. Esto romperá la línea de visión y valoración del problema, deteniendo la escalada e insertando,

sobre todo, una reconsideración, una novedad (un cambio sin cambio, nada radical), que, sin embargo, es en sí mismo paradójica. La paradoja ante la paradoja familiar es una contraparadoja.

Separación y segunda cibernética.

Boscolo y Cecchin, a diferencia de los otros miembros que encaminaron sus esfuerzos a la investigación sobre aspectos de la dinámica familiar, se dirigieron a trabajar sobre aspectos de formación y terapia, iniciando un curso con estas finalidades.

Selvini y Prata tras la salida del centro en Millán realizaron investigaciones sobre la anorexia y la psicosis, intentado poner en evidencia pautas familiares en torno a estos malestares. Después, desde 1983, Mara Selvini-Palazzoli, Stefano Cirillo, Matteo Selvini y Anna María Sorrentino investigaron juntos en torno a las tipologías familiares y publicaron sus hallazgos en “Los juegos psicóticos en la familia” (1988).

Es entonces cuando se da la influencia de H. Maturana y H. v. Foster. Según L. Boscolo: “Importancia particular tuvieron los encuentros personales con Humberto Maturana y Heinz von Foster”. Fue este último el que en 1982 introdujo el concepto de cibernética de segundo orden. Entonces, para finalizar este capítulo, es necesario desarrollar puntualmente este concepto, ya que es de suma importancia en esta exposición.

La cibernética de segundo orden se plantea como una nueva epistemología. ¿Qué es una epistemología? Como se sabe, una propuesta sobre los modos de conocer, sus mecanismos, sus objetos. A su vez, críticamente implica también validar, confrontar los alcances de nuestro conocimiento, delimitándolos y justificándolos, por eso dice P. Keeney que es un estudio

sobre la forma en la que pensamos, que conocemos cosas, es decir, el conocimiento puede volver sobre sí mismo y verse, re-conocerse.

El cambio epistémico que se propone es precisamente pasar de la primera cibernética, ese modelo donde, a pesar de observar cibernéticamente, se conocen síntomas, pacientes y dinámicas familiares desde el esquema sujeto-objeto, a la segunda, donde en la base está el pensamiento de nuestro conocer y donde ese pensamiento, a su vez, lejos de estar en la dinámica del sujeto-objeto, terapeuta-paciente, se encuentra involucrado, inmerso en la trama de la relación ya no unidireccional sino plenamente sistémica.

El terapeuta no es pues un espectador, sino un co-protagonista. Se pasa del rol de la butaca al rol escénico, donde los actores se influyen, se retroalimentan, donde cada parte está en función de las otras y donde mi actuación sobre el otro será, a su vez, una actuación sobre mí. Heinz von Foerster ha dicho lo siguiente:

He aquí la proposición de Maturana, a la que ahora bautizaré “teorema número 1 de Humberto Maturana”:

“Todo lo dicho es dicho por un observador”¹⁸

Yo quisiera agregar al teorema de Maturana¹⁹ un corolario que, con toda modestia, llamaré el “corolario número 1 de Heinz von Foerster”:

“Todo lo dicho es dicho a un observador” (H. v Foerster. 1991. p. 89.)

¹⁸ En esta obra (H. Foerster.. 1991. P. 63) , se postulan dos problemas como referencia, problemas que , como hemos visto, están sujetos a poder ser considerados unívocamente como tales:

“(i) Las observaciones no son absolutas sino relativas al punto de vista de un observador (por ejemplo, su sistema de coordenadas: Einstein);

(ii) Las observaciones afectan a lo observado de modo tal que impiden toda esperanza del observador en cuanto a poder predecir (por ejemplo, su incerteza es absoluta: Heisenberg).”

¹⁹“Según Maturana y Varela, la realidad surge en el lenguaje a través del consenso: en esta óptica, existen tantas realidades como conversaciones posibles. Von Foerster (1982) introduce el concepto de cibernética de los sistemas observantes: el observador entra en la descripción de aquello que es observado. Von Glasersfeld, por último, abre el camino a los conceptos del constructivismo radical” (L. Boscolo. 2005. p. 226)

No solo algo del paciente viene a mí, sino que uno mismo vuelve a sí, a través del otro. Cuando se levanta el telón quedamos al descubierto por nuestra acción sobre el otro. Cada quien ha de reconocerse por su acción sobre el otro en un ciclo de retroalimentación constante.

Una epistemología recurrente, por ser recurrente, como la que recién se ha descrito, no podría estar exenta de ser abordada (epistemología de la epistemología) y ser ella misma calibrada. De otra forma, se estaría ante el riesgo de totalizarla, absolutizarla y hacerla estática, no recurrente, lo cual significaría hacerla ilusoria.

Por ello, se dice con toda coherencia que las consecuencias epistemológicas de “la cibernética de la cibernética” sustentan cada vez más la postura de que la pretensión de objetividad es errónea (P. Keeney. 1987. p. 95). Por ello mismo, también el “observador” o terapeuta se deja tocar, se incluye, deja que su marco esté abierto y opere referencialmente con conceptos que vienen y van en distintos niveles de recursividad, reformulando radicalmente su función en el sistema, como dirá C. Sluzki:

Heinz von Foerster y Margarte Mead dirían que se iniciaba ahora un nuevo período [...] La cibernética se volvía sobre sí misma y usaba sus conceptos para ver a los usuarios de dichos conceptos y la relación que a través de esos conceptos establecían con su entorno. El ciberneta no se preguntaba ya: ¿dónde están los enlaces circulares en este sistema?, sino que se empezaba a preguntar: ¿cómo generamos nosotros este sistema a través de la noción de circularidad? (C. Sluzki. 1991. p. 24).

Es por esto que dentro de los grandes “principios” que dan sustento a la cibernética se encuentra aquel que establece que el mundo de las sustancias, de los objetos, puede ser dejado atrás por el terapeuta y lanzarse sobre el mundo de las pautas (P. Keeney. 1987. p. 126). Esas pautas de las que se habló en el capítulo anterior permiten la vivencia estética porque son los factores de “conexión” al interior de nuestros ecosistemas. (P. Keeney. 1987. p. 158).

Vincúlense lo anterior con los elementos de la cibernética que se abordaron en el capítulo anterior. Las pautas involucran puntos de acción, focos de recursividad. Como polos son algo, son definibles, tienen premisas, puntos de partida. El acto básico, como dice P. Keeney (1987. p. 32), es el de la creación de diferencias, pues sin ellas uno puede quedar en el limbo mental, en el pleroma, en la sustancia única indiferenciada, la nada o, parafraseando a Hegel, la noche donde todo es del mismo color. Es necesaria siempre una aproximación epistemológica donde, para saber que existe “un mundo sin distinciones debemos trazar una distinción” (P. Keeney. 1987. p. 79).

¿Con que están trazadas las distinciones en una cibernética compleja?
 ¿Cómo está pautado ese mundo? Ya se adelantaba que los objetos, el mundo de las sustancias, es dejado precisamente por el mundo de las pautas, es decir, parece el mundo de los pacientes fosilizados, de los monólogos en el escenario. Ese mundo es más bien el de la voz en off.

Un principio más, asociado a los anteriores y que se encuentra igualmente por detrás y en el fondo de ésta cibernética, es que la pauta, la retroalimentación y la recursión misma, tienen un orden, no pueden darse aleatoriamente. Este orden, su logoi, y su re-establecimiento o generación son la meta del terapeuta. Ese orden es posible por el ciclo y la alternancia, de otro modo, ¿cómo podría retroalimentarse? “una observación cuidadosa muestra que el amor y el odio se expresan por turnos sobre el escenario” (P. Keeney. 1987. p. 131).

De lo anterior se puede desprender otro principio: los opuestos, las partes de sistema, de una familia, de una relación, son solo opuestos en apariencia (P. Keeney. 1987. p. 23). Esto es uno de los principios que está operando debajo de un sistema de retroalimentación, de oposición “incluyente”. No es casual que dos de los grandes pensadores involucrados en la exposición

de P. Keeney sean Heráclito y Hegel, ambos desarrollaron una manera de entender la oposición, sus relaciones y sus mecanismos “cada que nos encontramos con un par hegeliano que propone una simetría de opuestos, podemos siempre re-encuadrarlo como parte de una contrariedad cibernética más abarcadora” (P. Keeney. 1987. p. 111).

Esa fue precisamente una de las tareas que P. Keeney anunciaba en la introducción de la obra referida: demostrar que las distinciones, en cualquier nivel, sobre las que se discute son “dos facetas de una relación complementaria”. La oposición es unidad. Esta unidad, como otro de los principios propuestos para este enfoque, está en función del cambio, del ciclo, pero este cambio no puede darse sin control, ni este ser un control descontrolado (P. Keeney. 1987. p. 87): “La adaptación [es decir, la unidad] proviene del control del control”, función privilegiada del terapeuta.

Integración

En los capítulos anteriores se ha puesto sobre la mesa las piezas necesarias para entender la respuesta que puede dársele a la pregunta genésica de este trabajo. El modelo milanés está más inclinado a la posmodernidad, pues, dadas sus premisas, no se desprende, no suelta del todo la mano de la modernidad. La paradoja surgió para acompañar a este modelo. Lo importante, como se ha podido ver, es adentrarse en el cómo de su posición.

I

Se ha visto que en el marco moderno la noción de sujeto y representación son medulares, la ciencia moderna está dentro de este marco, es la aplicación positiva de las semillas regadas por el cartesianismo. El modelo sistémico en psicología no se escapa de ello. Muy al contrario, ha aumentado el problema, lo cual es un síntoma propio de la posmodernidad: el ensanchamiento paradójico de los poderes de la razón, que en parte sigue conociendo al modo moderno, aunque quiere igualmente involucrar al sujeto en otros roles.

¿Por qué que ha aumentado? Aunque se darán otros motivos, se debe decir por principio lo siguiente: porque, mediada por sus representaciones, la razón, que en su labor ordenadora y rectora se levanta y erige como juez, se encuentra ahora multiplicada, pero acotada, delante de otra razón en el juego sistémico y de otra y de muchas, con sus propias construcciones, incluida la del terapeuta sobre todo en la cibernética de segundo orden. Se ha pasado de la Razón a las razones, aunque, en el espacio terapéutico, el único que posee conciencia de sistema como tal, por lo menos buena parte del tiempo, es el terapeuta y lo constituye así al mirarlo como tal.

Darle el carácter de sistémico a la relación familiar es ya una reducción teórica, es como si desde la primera cibernética se estuviera dentro de la segunda cibernética. Esta es pues la trascendencia de aquella cita donde se afirmaba que el sistema familiar se formaba con la noción de sistema. Un observador sistémico sería siempre de segunda generación: lo hace sistema al mirarlo como sistema. Es el imperio del sujeto y otro de los motivos del ensanchamiento paradójico de la razón.

Desde su surgimiento paradigmático en Palo Alto y su adopción por parte de la Escuela de Millán en ambas cibernéticas, el modelo sistémico no ha desechado la polaridad sujeto – objeto, mencionada en el primer capítulo, ni ha regresado tampoco la balanza de esa polaridad del lado del objeto: la subjetividad sigue en pie. El sujeto sigue posicionado, pero la razón tiene nuevas exigencias y sigue ensanchándose: quiere verse y quiere verse inmanente al sistema en su multi-polaridad y en su subjetividad.

Se puede describir la subjetividad al interior del sistema familiar, delimitando bien los dos niveles en los que ésta se da, muy al estilo del doble nivel lógico adoptado por G. Bateson: un nivel está dado por la subjetividad que responde y actúa, la que está “sistematizada”, siempre en función del juego y siempre en el juego; el otro nivel es el que refiere a la intimidad, a lo privado de cada conciencia, a la responsabilidad y a la libertad, al sentir propio. Comprometerse en pensar que lo segundo está siempre dentro de lo primero sería un error, como es un error también suponer todo lo contrario.

Se puede proponer otra forma de considerar la subjetividad al interior de un sistema terapéutico familiar: la de los miembros de una familia no es la misma subjetividad con la que el terapeuta entra en el sistema. No pueden ser las mismas. La subjetividad del terapeuta es la subjetividad de quien conoce como una razón eje; la otra subjetividad es la de la familia, es la

subjetividad de quien es conocido, es la que se torna objeto. La múltiple dimensionalidad de la subjetividad al interior del sistema sale a relucir.

Es esperable pensar que se quisiera defender la subjetividad humana ante la totalidad sistémica. Según lectura hecha en este trabajo, no es que los teóricos al escribir *Paradoja y contraparadoja*, por ejemplo, hubieran elegantemente ignorado la condición subjetiva de los miembros de la familia en el sentido de su intimidad y su sentir personal, sino que tratan de evidenciar que esas condiciones no son sino resultado del juego mismo, por eso se piensa en la relación y no en lo intra-psíquico.

De cualquier forma, cuando se habla de la subjetividad que es ignorada en pos de respetar el sistema, subestimando su posición y su particular visión del mundo, es una subjetividad psicológica, la del terapeuta es una subjetividad también epistemológica. Se puede argüir que el miembro familiar del sistema también conoce, claro. No obstante, la función del terapeuta no es objetivamente la función de aquél; ambos pueden hacer las mismas operaciones, pero no en la misma dimensión ni en el mismo grado: el psicólogo también siente.

II

La crítica al concepto de neutralidad ha llevado a la exacerbación la influencia del observador en el sistema observado. Aquí se ha señalado que el propio Heisenberg no sostiene una consideración de esa naturaleza, lo que se dice es una interpretación y un sesgo muy significativo a lo que los propios físicos en cuestión querían demostrar y que da lugar a exacerbar igualmente el sentimiento posmoderno, que en todo caso demostraría el ensanchamiento paradójico al que se ha hecho alusión.

Dado el papel del sujeto en la modernidad, el marco de la escuela de Millán, sigue teniendo exigencias modernas, pero ahora han aparecido otros matices. La neutralidad se ha camuflajeado. ¿Por qué? El sujeto sigue ahí, la razón no se ha ido, pero ahora quiere ser más precisa y autorregular su función dentro del sistema. Es nuevamente la razón poniéndose límites, tomando conciencia de sí y siendo muy cauta.

Sin duda que el recuerdo del filósofo de Koninsberg es fuerte aquí. Su pretensión crítica, es decir, la búsqueda inquisitorial sobre los límites que debe ponerse a la razón vuelve al escenario: es un actuar recursivo de la razón, obsesivo también. La modernidad encumbro a la razón, pero la posmodernidad la ha hecho casi psicótica. Hegel lo vio bien cuando critico a Kant en su pretensión: la razón no puede ser juez y parte ni autolimitarse.

Los sistemas observantes de la segunda cibernética abandonaron la pretensión de neutralidad por una pretensión como la recién mencionada, pero las consecuencias son paradójicas: el sujeto moderno presente en el terapeuta entra precavidamente al sistema y se instala en él, limitándose, volviéndose así juez y parte. Es un redoblamiento de las funciones del sujeto: la razón se ha ensanchado.

En la segunda cibernética, a través de los ojos del terapeuta, el sistema toma conciencia de sí, son los ojos del logos sobre el mundo, es la razón que se pone así misma ahí para descubrirse como una fuerza más. La razón irrumpe y modifica, quiere ordenar. La Razón no puede sostener su identidad si acorta su distancia y entra a jugar con otras razones.

No obstante, el terapeuta no puede aspirar a otra cosa que no sea conocer la epidermis de la familia. Hay efectivamente menos mundo y más espectros. El sujeto es a la vez fuerte y a la vez se extravía en el sistema. Entra al juego, pero con las posiciones pérdidas y enfrenta su contradicción: es consciente de su ausencia y debe serlo también de su carácter paradójico.

El terapeuta es entonces un paladín anti-ilustrado. El dominio de la Razón ha caído. El eje rector del mundo que se erigía sobre su cabeza ha caído igualmente. Le queda, no obstante, su mirada sobre sí y sobre un entorno enrarecido al que no quiere sojuzgar sino comprender. En la convergencia de ciencia y filosofía al interior del sistema familiar, la pauta es, por ejemplo, una ficción que da cuenta del antes y el después.

La adopción de los presupuestos de la cibernética de segundo orden es, como se ha visto, una extensión de las interpretaciones dadas a las especulaciones de la ciencia física. El ataque, aunque evidentemente lo reciente el sujeto, es dirigido contra la objetividad del saber científico. Paradójicamente, la imagen de la Razón se ensancha: todo depende de sus ojos, pero, al formar ella misma parte del sistema, y ser esa su cárcel, se torna entonces en una presencia ausente.

¿Terminó entonces la confianza en el poder de universalidad de la razón? Sin duda es en una cuestión complicada. Primeramente, la objetividad que se le puede reclamar a un astrónomo no es de la misma naturaleza que la que puede siquiera suponerse en alguien que está observado un sistema familiar, porque termina uno o bien comprometiéndose con el determinismo o bien con la libertad.

Si se reclama tal poder al observador, es que ahí hay una serie de regulaciones fijas, al modo como las fuerzas planetarias se influyen unas a otras, influencias de las que el observador tiene que dar cuenta y que tampoco los miembros del sistema pueden contener.

Si se dice que un sistema familiar es ajeno a dichas consideraciones determinísticas, se asume el compromiso de que hay variaciones fuera de todo pronóstico que pueden darse en su interior y que se dan así por el uso impredecible que los miembros de la familia dan a su libertad. No hay predicciones posibles y no hay control.

III

La causalidad lineal, unidireccional, se ha puesto en controversia. Precisamente el juego circular, la función sólo guía de la hipótesis o la consideración compleja del sistema, van de la mano con una visión que pretende desestimar la noción de causalidad, con residuos metafísicos nada fáciles de descartar. Naturalmente pensemos que un saber que no da cuenta de causas es una caricatura. No tener el por qué resulta hasta antinatural.

La multi-causalidad sistémica tiene mucho que ver con la arrogancia con la que el saber, pretendidamente posmoderno, se erige sobre el mundo. Hay una tendencia muy fuerte a súper-estimar los constructos teóricos de las ciencias físico-matemáticas, y esto dificulta el análisis. La causa, si la razón y la experiencia más elemental no nos abandonan, antecede al efecto. No hay pues un efecto que se pueda decir está condicionado, con anterioridad en el tiempo, por sí mismo. Es un contrasentido. Todo efecto es posterior y es condición de otro evento: en la multiplicidad de efectos y causalidades, la razón se extravía.

Dado lo anterior, en los juegos familiares hay dos situaciones prototípicas que deben considerarse: la primera es la consideración que puede hacer el terapeuta neutral o inserto en el juego familiar y es esa donde se puede preguntar dónde inició el juego. Imposible de saber. Los juegos familiares son eternos, se pierden en la memoria. Intentar buscar un foco genésico es un despropósito monumental; la segunda es la vivida por los actores del juego que pueden dar cuenta y señalar tal o cual evento como detonante de una serie en avalancha, como en efecto domino hasta el presente, pero a su vez el miembro señalado apuntaría a otro evento aún anterior. El punto en esta última situación es que hay hipótesis unidireccionales, que, como parte de la experiencia subjetiva, tienden a hacerse a un lado.

Contra la última consideración en cuestión está aquella que considera las normas del sistema una vez que éste se ha, lets say, instalado, como perfectamente ajenas a cualquier posición anterior en el tiempo. Los sistemas tienen esa peculiaridad y por ello se les ve de forma compleja. La cuestión es si tal separación, la de las consideraciones anteriores en el tiempo que favorecieron bien la consolidación del sistema bien su arranque, hace justicia o es pertinente dentro de un sistema que es humano.

Si uno se detiene a ver lo que en la realidad familiar significa multi-causal, se puede reconsiderar, un poco por lo menos, tal afirmación. De hecho, aquí aplica perfectamente esa crítica que ve en la modernidad una tendencia a aplicar conceptos de las ciencias duras a las realidades humanas o sociales. ¿Pautado como se pauta, lleno de conciencia y de memoria, la realidad familiar puede ser considerado realmente como un sistema multi-causal?

Medítese lo siguiente: una causa con respecto a su efecto es siempre lineal: la mujer ha llegado tarde a casa y el marido se ha enojado. Si ese efecto, en un otro momento, actúa sobre otra realidad, el marido ignora ahora a la mujer, ya no actúa en tanto efecto, actúa en tanto causa y si la acción se produce sobre aquella se produce en tanto efecto. Si hay más miembros en el sistema familiar es obvio que las interacciones se multiplicaran y al tiempo nadie sabrá que fue primero si el huevo o la gallina, porque además habrá otros puntos neurálgicos que reinicien el juego, que lo actualicen, que lo refuercen en algún punto distinto y hasta anterior a la llegada tarde, que eventualmente puede olvidarse y el juego se vitaliza desde otros puntos, hasta el grado que la propia razón no alcanza para dar cuenta de todo el entramado.

El terapeuta observa distante ahí y captura algunos instantes de la interacción, aunque capturar sincrónicamente todo vaivén le está vedado.

No hay metodología que dé cuenta de las complejidades familiares. Quedamos anclados a las hipótesis. Tenemos lenguaje y somos fluir. El juego de inter-causalidades es inapresable y por eso no hay un punto que señalar.

Un sistema donde los elementos tienen memoria no pueden tan fácilmente divorciarse de las consideraciones temporales. Habiendo memoria en juego y en el juego, es difícil separar al sistema de puntos anteriores en el tiempo, puntos que la memoria ya sea conceptual o sensiblemente sostienen. La memoria de los miembros impide el anclaje en un presente puro. Esto es una diferencia fundamental con otro tipo de sistemas.

¿Es posible entonces concebir a la familia como un sistema? Si uno observa el problema desde la óptica humanista, es claro que se tendrá que señalar lo pretencioso de esa ambición. Y no sólo ello, hay una suerte de frío pragmatismo, muy de corte americano, detrás de ello, lo cual determinó el movimiento del modelo hacia otros horizontes, como el señalado enfoque narrativo.

El modelo sistémico surgido en Palo Alto y exportado como tal a Milán es en buena medida la versión terapéutica del estilo de vida americano y de sus exigencias. Su cuna es sin duda la de una modernidad tan pragmática como urgida de resultados: es la pragmática, que en buena parte nos envuelve, del easy way of life y del fast food, más vigente hoy en día, a la que la psicología quiere responder.

Si contemplan las cosas del lado humanista, como se decía, concebir a la familia como un sistema es una falsa pretensión. Fuera del humanismo, es decir, fuera de esas posiciones que dan peso a la realidad, libertad y capacidades humanas, es perfectamente comprensible la asunción de una perspectiva, que, por otra parte, es fiel al contexto que la ha hecho nacer y la ha alimentado.

Lo que se puede decir es que ante la aplicación de conceptos sobre realidades humanas, conceptos que no surgieron de realidades de esta índole (sería interesante ver qué resultados da aplicar terminología de enamorados a parejas de leones), se termina concluyendo de la forma que ejemplificada y enfermando con la razón. Al final, queremos que esta se multiplique y sea no humana en situaciones típicamente humanas.

Se han querido multiplicar los alcances de la razón. Por esto se afirma que la posmodernidad es muy moderna. Nuestra razón no es multidimensional ni de procesos paralelos. La razón da cuenta de realidades temporales de forma lineal: así se conoce humanamente. El lenguaje no es sistémico como tal, nuestro lenguaje es lineal, limitado, finito y guarda ciertas concordancias con las cosas del mundo. Primero se dice una cosa y después otra, porque así se suceden en el mundo, porque es un mundo temporalmente lineal, aunque nuestras limitaciones no dejen ver con precisión la secuencia de causas y efectos y se piense así que las cadenas causales se dan sincrónicamente.

El riesgo mayor está siempre en confundir los niveles, niveles del discurso, por ejemplo los niveles de la subjetividad. Se puede decir que esta realidad, esta otra y aquella se dan de forma simultánea. Y si se repara en ello, hay niveles en esta afirmación, pero no se puede decir de forma simultánea, no se tiene una forma de pensamiento para ello. El terapeuta no puede escaparse de un inicio, de un inicio que está también en el lenguaje y con el que pensamos primero una cosa y luego otra y que así es *entendido* y *vivido* por todos los miembros; por eso se ha subrayado este aspecto.

No obstante, la ambición de la razón va de la mano también con su ingenuidad. Reducir la realidad familiar a sistema puede hacer pensar en muchas cosas como las que se han planteado ya, pero eso es un síntoma de un poder desordenado, pragmático, de dominio. Se ha pasado del control

sobre la naturaleza a un control sobre nosotros mismos, que tampoco fue ajeno a los “ideales” modernos. La tecnificación de lo humano es propiamente la nueva Ilustración. El sueño ilustrado de dominio se ha vuelto sobre el hombre.

IV

Al final del capítulo anterior se ha visto como un presupuesto filosófico de consideración es el movilismo de Heráclito o de Hegel. En el movimiento familiar no puede darse la pausa, la pausa significa malestar. La naturaleza de la vida es fluir y cambio, donde las oposiciones son unidad. Si la solución se perpetúa el sistema se atrofia. Es como si una tarde bella se detuviera, eso acabaría con toda la vida.

Los sistemas son movimiento y la familia debe reorganizarse constantemente. Fluir; el sistema fluye. Pareciera que no hay disonancias: del cartesianismo se ha pasado al positivismo y de este a lo sistémico. El sistema familiar fluye y vuelve de la mano del sujeto moderno hacia la mano del posmoderno.

Es evidente que, si uno se instala en el sistema familiar, bajo la mirada sistémica de la escuela milanés, se tenga que dar cuenta que es precisamente el sistema lo que define a la familia. Ésta, con todas las anotaciones hechas, no existe como tal. No hay familia en tanto familia, como algo en sí mismo. El objeto familiar también se ha diluido bajo la categoría de sistema. No hay familia ni tampoco hay miembros: se fueron con la Razón. Quedan posiciones fluctuantes dentro del juego.

El juego familiar, su vida y su fluir evidencian su virtualidad. La pérdida del fundamento no está en alguna de las tres vertientes que confluyen para formar el modelo sistémico. Esta pérdida está en nuestro contexto y lo envuelve todo. Presiona al sistema familiar desde afuera, haciéndolo formar parte de un sistema más amplio, más complejo y más vacío.

Desde este punto de vista, la sistémica está pensada en términos de readaptar a la familia al momento presente. No dejarla que se solace en ningún bondadoso momento pretérito ni mucho menos dejarla que se estanque por alguna disfunción. El enfoque sistémico visto es para un mundo cambiante, vertiginoso, tecnificado: la tecnocracia llegó a la familia y se ha sentado en la cabecera de una mesa circular.

Un punto a favor es que evidentemente en el juego de causalidades, multipolares, complejas, en permanente circulación y alimentación, en la familia, por lo menos en lo asumido aquí, no hay responsables directos, no hay enfermedades en sí en los miembros. Ha desaparecido el mal, ha aparecido el juego y nadie debe preocuparse.

Pragmáticamente, se debe considerar que si se encuentran varios elementos en interacción de forma más o menos permanente, se identifique un sistema, o sea fácil referirse a ello como un sistema, y con esta etiqueta considerar a sus miembros desde un ángulo tal que se ahorre tiempo y recursos en reactivarlo, evitando también conceptos poco claros, es evidente que la familia es susceptible de ser considerada como un sistema en relación multi-causal y compleja, aunque ser susceptible no signifique otra cosa.

V

La modernidad hizo que el mundo entrara en un proceso de des-integración, se hizo menos mundo. El mundo se convirtió en un amasijo de fenómenos, de sensaciones, es decir, en un mundo no mundo dispuesto a ser determinado por el sujeto. Lo que se conoce fue plenamente la pulverización de los seres, su atomización. El ambiente “posmoderno” favoreció también a que ese conjunto de fenómenos caóticos perdieran aún más consistencia y terminaran formando parte del bagaje relativo de cada sujeto: la razón individual se apropió del mundo.

El mundo terminó rápidamente condenado al fluir del lenguaje y la narración. No hay nada que de mejor cuenta del tránsito incesante de la vida que el lenguaje y el decir se hace el mundo mismo. Las cosas son lo que se dice de ellas, pero este decir muta, cambia, fluye y fluye el mundo con él. Todo lo que se conoce son los elementos de la epidermis del mundo y la subjetividad-objeto se encuentra sobre ella.

El fundamento del mundo no es esencial, no hay un núcleo inamovible. No hay ni fundamento ni esencia, lo que existe cede su paso a lo que hacemos de él. Se va de la esencia al devenir sistémico; del en sí de la razón al círculo móvil de las visiones. Se está ante esa piedra angular que se desechó: el yo intrapsíquico de la mente individual se diluye en el conjunto de voces que se sostienen sobre las convenciones lingüísticas. El problema familiar es una ficción del lenguaje, una metáfora capaz de transformarse en otra metáfora con otros signos y otros significados.

No se puede ignorar este ambiente donde el objeto ha perdido consistencia, lo poco que le quedaba, residuo de los juegos de la Razón, se ha ido pulverizando. Esto lo muestra bien la interacción sistémica. Se ha perdido la objetividad en pos de la subjetividad, ella es, como pensara F. Nietzsche,

una ficción. En este sentido, el sistema familiar es construido por la suma de las ficcionalidades.

Por lo anterior, circularidad y preguntas circulares, sin ser sinónimas, son entonces términos que desnudan una concepción frágil del mundo, que ahondan en el juego mismo. Muestran ese carácter dinámico y en perpetuo fluir de una relación que no tiene por qué anclarse ni comprometerse con nociones que no son pertinentes para re-encaminar o re-acelerar la interacción sistémica.

Aquí radica la trascendencia de la circularidad: no hay un punto fijo de definición porque no hay una definición, y no hay en sí nada que definir. De la misma forma, la hipótesis sistémica de la escuela milanés está en esta línea: no puede ser fija, no hay nada que fijar. La hipótesis moderna era una afirmación tentativa de algo, de algo fijo. La hipótesis sistémica es sólo una afirmación tentativa que da cuenta del fluir del sistema, de la vida. Aquí se insertaba en su momento la neutralidad: en un círculo que se mueve sobre sí mismo, todos los puntos son el mismo punto.

Las preguntas circulares están asidas al aquí y al ahora. De la misma forma que la hipótesis da cuenta de la desustancialización del sistema, la pregunta circular rompe con la esencialidad de la situación: queda el cambio y el fluir permanente, quedan variaciones, metáforas, signos que se encuentran y se transforman. Se tiene una permanente invitación a que el sistema no deje sus ojos fijos en una valoración, a que no se detenga en una explicación. Lo oportuno es abrir la posibilidad a otra cosa, a un futuro, que también es tiempo y ficción. Lo malo tiene algo de bueno y todo tiene algo de paradójico.

Bibliografía

Bibliografía citada

Adorno, Th., Horkheimer, M. (1998). *Dialéctica de la Ilustración*. Madrid: Trotta.

Andrade, Gabriel. (2013). *El posmodernismo*. Pamplona: Laetoli.

Aristóteles. (1969). *Metafísica*. México: Porrúa.

Bateson, G. (1991). *Pasos hacia una ecología de la mente. Una aproximación revolucionaria a la autocomprensión del hombre*. Buenos Aires: Lohlé.

Bateson, G., Jackson, D. D., Jay Haley & Weakland, J., (1956). Toward a Theory of Schizophrenia. *Behavioral Science*, 1, 251–264.

Bermudez, Carmen. (2010). *Terapia familiar sistémica. Aspectos teóricos y aplicación práctica*. Madrid: Síntesis.

Bertalanffy, Ludwig von. (1989). *Teoría general de los sistemas: Fundamentos, desarrollo, aplicaciones*. México: Fondo de cultura económica.

Bertrando, P., Toffanetti, D. (2004). *Historia de la terapia familiar. Los personajes y las ideas*. Barcelona: Paidós.

Boscolo, L., & Bertrando, P. (2005). La terapia sistémica de Milán. en Roizblatt, A. *Terapia Familiar y de Pareja*, 224-241.

Botella, L., & Figueras, S. (1995). Cien años de psicoterapia: ¿El porvenir de una ilusión o un porvenir ilusorio. *Revista de psicoterapia*, 24, 13-28.

Botella, L., & Figueras, S. (s/a). “Introducción: Psicología y pensamiento posmoderno”.

Botella, L., y Feixas, G. (1998). *Teoría de los constructos personales: Aplicaciones a la práctica psicológica*. Barcelona: Laertes.

Braudillard, J. El éxtasis de la comunicación en H. Foster. *La posmodernidad*. (2008). Numancia, Barcelona: Kairós.

Campbell, D. (1999). Family therapy and beyond: Where is the Milan systemic approach today? *Child Psychology and Psychiatry Review*, 4(2), 76-84.

Capra, F. (2000). *El tao de la Física*. Málaga: Sirio.

Descartes, R. (1971). *Las meditaciones metafísicas*. México: Porrúa.

Descartes, R. *El Discurso del Método*. (s/a) en www.eBooket.net.

Diéguez, A. (2006). La ciencia desde una perspectiva postmoderna: Entre la legitimidad política y la validez epistemológica. *Actas de las II Jornadas de Filosofía: filosofía y política*, 177-205.

Domicini, L. (2003). "Terapia Familiar". Programa Salud de Adultos. Nivel Nacional. Primer Nivel de Atención. Guías de Atención. Caja del Seguro Social de Panamá. Diciembre del.

Feixas, G., Muñoz, D., Compañ, V., & Montesano, A. (2012). El modelo sistémico en la intervención familiar. Universidad de Barcelona: Facultad de psicología. Department de Personalitat, Avaluació i Tractament Psicològics. Recuperado en <http://hdl.handle.net/2445/31584>

Fernández, V. (2003). Los precedentes medievales del criticismo kantiano. *Revista de filosofía*, 28(2), 305-323.

Foerster, H. (1991). Las semillas de la cibernética. *Obras escogidas*. ed. Marcelo Pakman. Presentación de Carlos Sluzki. Barcelona: Gedisa.

Gergen, K., Warhus, L. (2003). La terapia como una construcción social, dimensiones, deliberaciones y divergencias. *Revista venezolana de psicología clínica comunitaria*, 3, 13-45.

Gergen, K., J. (1985). The social constructionist movement in modern psychology. *American Psychologist*, 40, 266-275.

Gergen, Kennet. (2006). *El yo saturado*. Barcelona: Paidós.

González, F. (2009). Epistemología y Ontología: un debate necesario para la Psicología hoy. *Diversitas*, 5(2), 205-224.

Habermas, J. La modernidad, un proyecto incompleto en H. Foster. *La posmodernidad* (2008). Numancia, Barcelona: Kairós.

Heisenberg, W. (1959). *Física y filosofía*. Buenos Aires: La Isla

Horkeimer, M. (1973). *Crítica de la razón instrumental*. Buenos Aires: Sur.

Hoyos, C. (2005). Aproximación a una psicología postmoderna: una reflexión epistemológica. *Informes psicológicos*, (7), 137-175.

Hume, D. (2001). *Tratado sobre la naturaleza humana*. Albacete: Servicio de Publicaciones de la Diputación.

Husserl, Edmund. (1984). *Crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*. México: Folios.

Innerarity, D. (1987). Modernidad y postmodernidad. *Anuario Filosófico*, 20(1), 105-129.

Kant, I. (2005). *Critica de la Razón Pura*. Madrid: Taurus.

Kant, I. (2006). *En defensa de la Ilustración*. Madrid: Alba.

Keeney, B. (1987). *Estética del cambio*. Buenos Aires: Paidós.

Lévi-Strauss, C. (1987). *Antropología estructural*. Barcelona: Paidós.

Locke, John. (1977). *Ensayo sobre el entendimiento humano*. México: Fondo de Cultura Económica.

Lyotard, Jean. (1987). *La posmodernidad (explicada a los niños)*. Barcelona: Gedisa.

Lyotard, Jean. (1991). *La condición postmoderna. Informes sobre el saber*. Madrid: Catedra.

Márquez-Fernández, A. (2003). Modernidad y postmodernidad entre el humanismo histórico y la razón escéptica. *Revista Ágora*, 11 (Enero-Junio), 123-132.

Martínez, M. (2010). Bases de la epistemología a comienzos del siglo XXI. *Revista de Investigación en Psicología*, 13(1), 173-196.

Moreno, Alicia. *Manual de terapia sistémica. Principios y herramientas de intervención*. Bilbao: Desclée de Brouwer

Nietzsche, F. (1996). *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*. Madrid: Tecnos.

Ochoa de Alba, Inmaculada. (1995). *Enfoques en Terapia familiar sistémica*. Barcelona:

Herder.

Pereira, R. (1994). Revisión histórica de la Terapia Familiar. *Psicopatología*, 14, 5-17.

Platón. (1988). *Diálogos III*. Madrid: Gredos.

San Agustín. (1956). *Obras de San Agustín. t. V. Tratado sobre la Santísima Trinidad*. Introd. y notas de Luis Arias. Madrid: B.A.C

San Agustín. (1963). *Obras de San Agustín. t. III. Escritos filosóficos*. Introd. y notas de Victorino Capanaga et al. Madrid: B.A.C

Sanguinetti, J. J. (2006). Ciencia moderna y postmoderna. Interrogantes culturales. Conferencia en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Cuyo y Facultad de Filosofía de la Universidad Católica de San Juan. Septiembre del.

Selvini, M. Compilador. (1990). *Crónica de una investigación. La evolución de la terapia familiar en la obra de Mara Selvini Palazzoli*. Barcelona: Paidós.

Selvini, M., Et Al. (2010). *Paradoja y Contraparadoja*. Barcelona: Paidós.

Selvini, P., Boscolo, L., Cecchin, G., Prata, G. (1980). Hipotetización, circularidad y neutralidad. Tres guías para el conductor de la sesión. *Revista Family Process*, 19, 3-12.

Sluzki, C. compilador. (1991). *Las semillas de la cibernética*. Obras escogidas. ed. Marcelo Pakman. Presentación de. Barcelona: Gedisa.

Tomás de Aquino. (1957). *Suma Teológica*. Madrid: B.A.C.

Tomás de Aquino. (1959). *Suma Teológica*. Madrid: B.A.C.

Vattimo, G. (1990). *El fin de la modernidad*. Barcelona: Gedisa.

Watzlawick, P. (1983). *Teoría de la comunicación humana: interacciones, patologías y paradojas*. Barcelona: Paidós.

Wiener, N. (1981). *Cibernética y sociedad*. México: CONACyT.

Bibliografía consultada

Álvarez, J. Postmodernidad, constructivismo y psicoterapia. Recuperado en *Asociación Mentes Abiertas* <http://www.mentesabiertas.org/articulos/publicaciones/articulos-de-psicologia/postmodernidad-constructivismo-y-psicoterapia-por-jose-alvarez>.

Álvarez, M. P. (2001). Psicoterapia de la postmodernidad. *Papeles del psicólogo*. Recuperado en: <http://www.papelesdelpsicologo.es/vernumero.asp?id=867>

Arnold, M. (1997). Introducción a las epistemologías sistémico/constructivistas en *Cinta de Moebio. Revista de Epistemología de Ciencias Sociales*, (2), 88-95.

Arnold, M. (1998). Introducción a los conceptos básicos de la Teoría General de Sistemas. *Cinta de Moebio. Revista de Epistemología de Ciencias Sociales*, (3), 40-49.

Arriarán, Samuel. Filosofía de la posmodernidad. Crítica a la modernidad desde América Latina. México D, F.: FFYL-DGAPA-UNAM.

Bauer, Arnold J. (2002). *Somos lo que compramos: historia de la cultura material en América Latina*. México, D.F.: Aguilar.

Belaval, Yvon. (1992). *Racionalismo, empirismo, ilustración*. México: Siglo XXI.

Bennett, Jonathan Francis. (1988). *Locke, Berkeley, Hume: Temas centrales*. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Filosóficas.

Bertrando, P. (2009). Ver la familia: Visiones teóricas, trabajo clínico. *Psicoperspectivas. Individuo y Sociedad*, 8(1), 45-69.

- Beuchot, Mauricio. (1992). *Introducción a la filosofía de Santo Tomás de Aquino*. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas.
- Bonilla, V. M. P. (2013). Un encuentro con el modelo de Milán y su evolución. *Revista de Psicología y Ciencias del Comportamiento de la UACJS*, 4(2), 76-88.
- Botella, L., & Vilaregut, A. (2006). La perspectiva sistémica en terapia familiar: conceptos básicos, investigación y evolución. Recuperado en: jmonzo.net/blogeps/terapiafamiliar sistematica.pdf.
- Bunge, Mario Augusto. (1972). *Causalidad: El principio de causalidad en la ciencia moderna*. Buenos Aires: Eudeba.
- Camejo, A. J. (2006). La epistemología constructivista en el contexto de la post-modernidad. *Nómadas: Revista crítica de ciencias sociales y jurídicas*, 2(14), 1-7.
- Carmagnani, Marcello. (2011). *El otro occidente: América Latina desde la invasión europea hasta la globalización*. México: El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica.
- Casullo, N. (1993). *El debate modernidad posmodernidad*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto.
- Del Rio, A. R. (2012). La perspectiva sistémica. Diferentes modelos y formas de intervención. *Variantes de la cura y formas de tratamiento en Psicología. Actas de las X Jornadas de Psicología UCES*, 78-90.
- Espinal, I., Gimeno, A., & González, F. (2006). El enfoque sistémico en los estudios sobre la familia. *Revista Internacional de Sistemas*, 14, 1-14.
- Foucault, Michel. (2010). *La arqueología del saber*. México: Siglo XXI.
- Fuentes, Carlos. (1998). *El espejo enterrado*. México, D.F.: Alfaguara.
- García Borrón, Juan Carlos. (1981). *Empirismo e ilustración inglesa: de Hobbes a Hume*. Madrid: Cincel.

- García de Cortázar y Ruiz de Aguirre, José Ángel. (1999). *Historia de la Edad Media: una síntesis interpretativa*. Madrid: Alianza.
- Gilson, Etienne. (1940). *La filosofía en la Edad Media*. Buenos Aires: Sol y luna.
- Gilson, Etienne. (1966). *La unidad de la experiencia filosófica*. Madrid: Rialp.
- Gilson, Etienne. (2000). *El tomismo: introducción a la filosofía de Santo Tomas de Aquino*. Pamplona: Universidad de Navarra.
- Gilson, Etienne. (2004). *El espíritu de la filosofía medieval*. Madrid: Rialp.
- Gordon, K. (2003). The impermanence of being: Toward a psychology of uncertainty. *Journal of Humanistic Psychology*, 43(2), 96-117.
- Greenwood, John. *Historia de la psicología*. México: McGraw-Hill Interamericana Editores.
- Habermas, Jürgen. (1990). *Pensamiento postmetafísico*. Taurus: México.
- Hardy, Thomas. (2005). *Historia de la psicología*. Madrid: Pearson.
- Husserl, Edmund. (1984) *Crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*. México: Folios.
- Kristeller, Paul Oskar. (1982). *El pensamiento renacentista y sus fuentes*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Linares, J. L. (2007). La personalidad y sus trastornos desde una perspectiva sistémica. *Clínica y Salud*, 18(3), 381-399.
- Linares, J. L. (2011). ¿Acaba la historia en el post-modernismo? Hacia una terapia familiar ultramoderna. *Perspectivas sistémicas*. Recuperado en: <http://www.redsistemica.com.ar/ultramoderna.htm>
- Locke, John. (2003). *Ensayo sobre el entendimiento humano*. Barcelona.: RBA Coleccionables.

Lukomski, A. (2009). Hacia un nuevo paradigma de la ciencia en el tiempo de la globalización. *Revista Logos*, (15), 75-82.

Lumbreras, Pedro. (1930). *Estudios filosóficos: La duda metódica de Descartes: O Fray tomas Campanella y la duda metódica del renacimiento*. Madrid: Real convento de atocha.

Manrique, H. T. (2009). El asunto de la verdad en la psicología contemporánea. *Revista Poiésis*, 9(18), 1-7.

Mieli, Aldo. (1952). *Panorama general de historia de la ciencia*. Buenos Aires, México: Espasa Calpe.

Mínguez Pérez. (2006). *Filosofía y ciencia en el Renacimiento*. Madrid: Síntesis.

Mitchell, Stephen A. (2004). *Más allá de Freud: una historia del pensamiento psicoanalítico moderno*. Barcelona: Herder.

Mondolfo, R. (2004). *Figuras e ideas de la filosofía del renacimiento*. Buenos Aires: Losada.

Nebreda, J. J. (1991). Tras las huellas del hombre posmoderno. Parte 1: cuando los dinosaurios dominaban la tierra. *Gazeta de antropología*. España: Universidad de Granada, (8).

Pastor, Bárbara. (2008). *Breve historia de Roma: El imperio*. Madrid: Nowtilus.

Pinillos, J. L. (2002). Posmodernismo y Psicología. Una cuestión pendiente, *18*(1), 1-11.

Porras - Velásquez, N. R. (2011). Del pluralismo al eclecticismo en la psicología de hoy: una reflexión epistemológica. *Tesis Psicológica*, 6(1), 151-172.

Reale, Giovanni. (1985). *Introducción a Aristóteles*. Barcelona: Herder.

Reale, Giovanni. (1988). *Historia del pensamiento filosófico y científico*. Barcelona: Herder.

Rizo, M. (2011). Pensamiento sistémico y comunicación. *Razón y palabra*. México: Departamento de Comunicación-Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, (75).

Rocca, A. V. (2011). La Posmodernidad. Nuevo régimen de verdad, violencia metafísica y fin de los metarrelatos. *Nómadas*, 29(1).

San Agustín. (2000). *La ciudad de Dios*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.

Slife, B. D., & Fisher, A. M. (2000). Modern and postmodern approaches to the free will/determinism dilemma in psychotherapy. *Journal of Humanistic Psychology*, 40(1), 80-107.

Surroca, C. S. (2012). La Sistémica: Una realidad paradigmáticamente multidisciplinar. *Encuentros multidisciplinares*, 14(40), 73-80.

Taboas, A. M. (1986). Terapia sistémica de familia: evaluación crítica de algunos postulados. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 18(1), 43-56.

Torralba Roselló, Francesc. (2013). *Los maestros de la sospecha: Marx, Nietzsche, Freud*. Barcelona: Fragmenta Editorial.

Treacher, A. (1988). The Milan method a preliminary critique. *Journal of family therapy*, 10(1), 1-8.

Vargas, J. G. (2008). Perspectivas de la postmodernidad institucional. *Revista Negotium*, 4(10), 5-16.

Wainstein, M. (2012). Familia, terapia y posmodernidad. *INTERSECCIONES PSI*. Universidad de Buenos Aires: Facultad de Psicología, 2(4), 9-13.

Wiener, Norbert. (1985). *Cibernética o el control y comunicación en animales y máquinas*. Barcelona: Tusquets.

Zea, Leopoldo. (1949). *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica. Del romanticismo al positivismo*. México: El Colegio de México.